This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

F
2235.4
.I68
1905

A 405253

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
ARTES SCIENTIA VERITAS
1817
LIBRARIES

BERNARDO DE IRIGOYEN

RECUERDOS

DEL

GENERAL SAN MARTÍN

PUBLICADOS EN 1851
EN EL « ARCHIVO AMERICANO » Y REPRODUCIDO EN 1863
POR LA « REVISTA DE BUENOS AIRES »

BUENOS AIRES
IMPRENTA DE CONI HERMANOS
684, PERÚ, 684

1905

300

BERNARDO DE IRIGOYEN

RECUERDOS

DEL

GENERAL SAN MARTÍN

PUBLICADOS EN 1851
EN EL « ARCHIVO AMERICANO » Y REPRODUCIDO EN 1863
POR LA « REVISTA DE BUENOS AIRES »

BUENOS AIRES
IMPRENTA DE CONI HERMANOS
684, PERÚ, 684

1905

F
2235.4
.I68
1905

7172-140

ADVERTENCIA

La gratitud y admiración que despiertan los importantes servicios rendidos por el general San Martín á la independencia americana, se acrecentan con motivo de la solemne inauguración del monumento que á su memoria levanta la República del Perú.

Participando de esos sentimientos, y como testimonio de adhesión á las demostraciones populares, publico con autorización del doctor Irigoyen, los rasgos biográficos que él escribió hace cincuenta y cuatro años, al llegar la noticia del fallecimiento del héroe de Chacabuco y Maipú.

EDUARDO FERNÁNDEZ OLGUÍN.

Mayo de 1905.

« El único escritor que conozcamos, que haya encarado esta evolución orgánica bajo un punto de vista análogo, es el doctor Bernardo de Irigoyen, — *autor de uno de los mejores ensayos sobre San Martín*, — quien dijo en un discurso pronunciado en la colación de grados de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, en la Universidad de Buenos Aires el 24 de mayo de 1886 :

« Las colonias españolas carecían de antece-
« dentes espontáneos y de elementos de una
« política propia, y lo que puede llamarse la
« fuerza de la tierra natal, consistía en el
« sentimiento de la independencia. Converti-
« das en Estados Soberanos, reconocieron la
« integridad del territorio que ocupaban en
« la fecha histórica de su emancipación, y con-
« denaron las anexiones y las conquistas, co-
« mo trastornadoras del equilibrio y de la paz
« continental. Esas declaraciones, que fueron
« el vínculo indisoluble de la solidaridad
« americana, deriváronse de intereses idénti-
« cos, y quedaron incorporadas á las rela-
« ciones diplomáticas de las repúblicas inde-
« pendientes. El olvido de esas reglas de
« justicia ha producido en Europa transfor-
« maciones contínuas y guerras desastrosas,
« legando incertidumbres á la actualidad,
« rivalidades y enigmas al porvenir. »

(*Historia de San Martín* por Bartolomé Mitre. Edición de 1890, pág. 172, tomo 4º.)

RECUERDOS DEL GENERAL SAN MARTÍN

CAPÍTULO PRIMERO

I

Entre 26 y 30 grados de latitud meridional (1) se encuentra la antigua provincia de Misiones con treinta pueblos de indios de la nación Guaraní, cuyo número, al tiempo de la expulsión de los jesuítas, se estimaban en poco más de cien mil almas. Ríos caudalosos cruzan aquella región, regando los inmensos bosques que parecen dilatarse indefinidamente hacia el norte.

El Paraná y Uruguay atraviesan también ese territorio, recibiendo en su curso el tributo de diferentes arroyos que nacen en la misma provincia, y la bañan en todas direcciones. Entre ellos figura el Ibicuy, y sobre el punto en que éste rinde sus aguas al Uruguay, encuéntrase la villa del Yapeyú, célebre por sus frecuentes guerras con los Minuanes.

(1) Contados de la Isla de Ferro.

Apoderados los jesuítas de aquellos pueblos, dominándolos en lo eclesiástico y temporal, mantuvieron por muchos años su imperio, hasta que expulsados en el siglo pasado de los dominios españoles, salieron también de la provincia de Misiones, que entró en la nueva organización gubernativa, dictada por don Francisco Bucareli, gobernador de Buenos Aires.

Estableciósе por aquellas disposiciones un gobernador con jurisdicción en los mencionados pueblos; y en los primeros años fué nombrado para el desempeño de este cargo el coronel don Juan de San Martín, casado con doña Francisca Matorras, natural de España. En posesión de su empleo, fijóse con su familia en Yapeyú, y el 25 de febrero de 1778 nació de este matrimonio don José de San Martín, destinado á ligar la historia de su vida con los acontecimientos de la libertad de un mundo.

Educado bajo la dirección de sus respetables padres, recibió en su cuna las inspiraciones de la virtud y de la moral; y desde niño, despertó gratas esperanzas en su familia, atrayéndose los cuidados de sus padres. La falta de elementos que se dejaba sentir en las colonias hispanoamericanas, para proporcionar á los jóvenes una educación esmerada, sugirió á los padres de San Martín la idea de llevarlo á España, y dedicarlo

allí á un sistema de estudios completo. Embarcáronse con este objeto, y al poco tiempo de llegar á la península, fué incorporado el joven San Martín al Colegio de nobles de Madrid, recibiendo en esto una distinción poco común en aquellos tiempos. Dedicado á los estudios, distinguióse por su juiciosidad y por la viveza de su espíritu, haciendo rápidos progresos en distintos ramos de los conocimientos humanos, y principalmente en el estudio de las matemáticas.

Puesto ya en el caso de elegir una profesión, inclinóse á la ilustre de las armas. Su padre era un soldado de honor, y su ejemplo estimuló quizá las tendencias naturales de San Martín. Obtenido el consentimiento de su familia, dedicóse á la carrera militar, y en ella manifestó desde muy temprano las altas calidades que después comprobó. Adquirió fácilmente un puesto distinguido en el ejército español ; hízose estimar de sus jefes, respetar de sus compañeros, y pronto conquistó reputación por su moral y valor.

II

Triunfante en Europa la revolución de Francia, consagraba la diadema del imperio al gran

capitán que tantas veces conquistara las palmas de la victoria y el mayor lustre de aquella nación. La Europa saludaba aquel cambio político que aseguraba la estabilidad de un gobierno análogo á sus exigencias. Pero las ambiciones del guerrero que ocupaba el solio de la Francia, frustraban bien pronto las esperanzas del viejo mundo, y abusando de los tratados que celebrara con la España en Fontainebleau, inundaba con sus ejércitos la península. Estallaban al mismo tiempo entre Carlos IV y su hijo, las ruidosas desavenencias del Escorial; el rey de España, abdicaba en Fernando VII su corona. Bonaparte presentábase á reconciliar los destemples de la familia reinante; y en mayo de 1808, Carlos IV y su hijo cedían al emperador de los franceses, en consecuencia de las transacciones de Bayona, todos sus derechos sobre la España y las Indias. La nación protestó en masa contra tanta perfidia, alzóse en armas con denuedo, y se dispuso á lidiar con los usurpadores de su trono y de su independencia. Era esta una lucha sagrada á los ojos del patriotismo y de la moral, y San Martín que la miró así, enrolóse en el levantamiento nacional, y se dispuso á combatir por la integridad del territorio y del nombre español.

Cádiz fué el teatro de sus primeras hazañas.

Residía en aquella plaza cuando los franceses penetraron en la península y tocóle, por consiguiente, seguir el pronunciamiento de aquella provincia, que por su entusiasmo pudo competir con los rasgos más denodados de la defensa nacional. San Martín servía á las órdenes del marqués de Socorro, y obtenía su consideración cuando sobrevino la sangrienta sublevación en que fué sacrificado bárbaramente aquel antiguo soldado de la monarquía. En medio de la exaltación popular que estalló en Cádiz, y del desbordamiento de las pasiones, hizo los mayores empeños por libertar á su jefe de la cuchilla de la plebe frenética, y cuando esterilizados sus esfuerzos pereció el marqués de la Solana bajo el puñal de un populacho enfurecido, San Martín se apartó del teatro de los sucesos, llevando consigo una idea ingrata de los tumultos populares á que siempre profesó animadversión.

III

Concluídas las sangrientas escenas de Cádiz, pasó San Martín á militar bajo las órdenes del general Castaños, y muy pronto se recomendó á la consideración de este jefe, por la rectitud de su juicio y severa moral militar, distinguién-

dose siempre en los diferentes hechos de armas en que le cupo la suerte de combatir. Esta delicada comportación y sus hechos le valieron el grado de tenientecoronel, condecoración que en un joven, en todos los países y épocas es ya de categoría. En posesión de tan honorables antecedentes encontró á San Martín la memorable jornada de Bailén, célebre en los anales del levantamiento, por sus resultados ventajosos á la España, y por los hechos de valor que allí se ostentaron á porfía. San Martín llenó en aquella batalla cumplida y dignamente sus deberes. Sereno en sus resoluciones, intrépido en el peligro, llamó la atención del general Castaños, durante los lances más críticos de la acción y probó otra vez más, que bien merecía la charretera que adornaba su brazo. Su conducta en aquella época fué mencionada con elogio por la prensa de España, y su nombre resonó ya entonces, y fué después recordado en términos honrosos por los historiadores más respetables del levantamiento.

IV

Tal era la situación de la España y la posición de San Martín, cuando las provincias del

Río de la Plata, oprimidas por el despotismo de trescientos años, abandonadas á sus propios recursos para resistir al extranjero, encadenado el vuelo de su prosperidad, salieron de la insensibilidad en que yacían, y comprendieron que había sonado la hora de emanciparse del poder de una nación, incapaz de conducirlas, y hábil sólo para legarles sus adversidades y sus contiendas extranjeras.

Buenos Aires fué la ciudad elegida por la providencia para encabezar la gloriosa revolución que reivindicó los derechos de un mundo. Aceptó aquella misión y tan feliz en sus inspiraciones, como enérgica en sus procedimientos, lanzó el grito de libertad, que resonando en todos los ámbitos del continente, estremeció la corona del monarca español.

Los pueblos corrieron á enrolarse bajo el pabellón de la independencia, y los americanos contestaron todos con entusiasmo á un pronunciamiento en el que América reivindicaba la libertad que le arrebataran las atrevidas empresas de soldados felices. San Martín, nacido en las provincias del Plata, abrigaba un corazón argentino, y su alma noble, su inteligencia superior, no podían ser indiferentes á una lucha en que debía jugarse la existencia y el porvenir de su tierra natal. Sintióse, en efecto, conmovi-

do al escuchar la exclamación de mayo: volviéronse sus ojos á la Pampa argentina, y ante el espectáculo de este pueblo heroico, que se disponía á recobrar sus derechos, comprendió que se abría una lucha entre el despotismo español y la libertad americana, y que en ella le tocaba consagrar sus simpatías y su espada á la emancipación de su patria.

Dominado de estas impresiones, dejó San Martín la península y pasó á Inglaterra, donde dispuso prontamente los elementos necesarios para trasladarse al Río de la Plata. Fiel á las enseñas españolas, mientras representaron el suelo de su cuna, combatió dignamente por los derechos de la España. Pero cuando se pusieron en pugna los intereses de la Metrópoli y los de sus colonias; cuando se inició la lucha entre el despotismo y la libertad; cuando se retaron á muerte la península y las provincias del Plata, entonces siguió San Martín los impulsos de su corazón, acató los deberes de la nacionalidad, y se consagró con entusiasmo á la causa de su país.

V

Proclamada en Buenos Aires la emancipación, dispuestos los hombres que encabezaron

aquel movimiento á consolidarlo por la fuerza de las armas, arrollaban las contrariedades que se oponían á su triunfo. La República se defendía con bravura sobre el campo de batalla, y sometiendo en los llanos de Córdoba á los sostenedores del trono español, el gobierno de Buenos Aires resolvía entre graves vacilaciones, cimentar en la tumba de ellos el éxito de la emancipación. Liniers, Concha y otros realistas de ilustres antecedentes expiraban en el Monte de los Papagayos, sin haber alcanzado de la revolución la indulgencia que demandaban sus servicios. El ejército patriota al mando de Ocampo, marchaba á oponerse á los españoles del Perú, y la nación se convertía en un campamento, cuando San Martín desembarcaba en Buenos Aires, y aceptaba la revolución con todas sus responsabilidades y espectativas.

El noble aspecto que le distinguía, su pundonor é instrucción militar, le granjearon fácilmente una posición honorable en el ejército; y el gobierno aceptó sus servicios, encomendándole la organización de un regimiento con el nombre « Granaderos á Caballo », del que se le nombró comandante. Consagrado se encontraba á la formación de este cuerpo, cuando los españoles que se hallaban en Montevideo comandados por el gobernador de aquella pla-

za, se dispusieron á intentar un ataque sobre Buenos Aires. El gobierno se dispuso á rechazar la invasión por todos medios. Preparado para la resistencia, súpose que una división española remontaba el Paraná, con intento de desembarcar en las costas al norte de esa provincia. Fácil fué comprender la necesidad de evitar el desembarco, y reconocida ésta, se confió á San Martín la importante misión de impedirlo. Aceptó el comandante de caballería, aquella oportunidad para probar el temple de sus granaderos y encaminóse al lugar donde el peligro lo llamaba. Al frente de su bravo regimiento, siguió San Martín el convoy enemigo hasta que, detenido éste en las barrancas de San Lorenzo, arrojaba en las costas sus legiones y se disponía á la pelea. Radiaron entonces los destellos del valor en el rostro de San Martín. Ciento cincuenta granaderos, sable en mano, sin esperar la infantería y artillería de la división, cargaron sobre los españoles, y después de un reñido combate en que el valor reemplazó la deficiencia numérica, los soldados argentinos vencieron completamente á los realistas, conquistando un triunfo importante para la nación. La sangre de San Martín regó los laureles de San Lorenzo. Su nombre resonó con entusiasmo en toda la República; la revolución

cifró ya en él gratas esperanzas, y el gobierno congratuló su triunfo con el grado de coronel.

Tal fué el primer encuentro en que acreditó su valor y disciplina el bravo regimiento de granaderos, que rindió servicios tan esclarecidos en la dilatada guerra de la emancipación. Educados bajo la severa moral de su jefe, ostentaron en todas partes los granaderos un conjunto de virtud y coraje que rayó en heroísmo. Combatieron dignamente en las grandes batallas de la libertad, y dieron á los ejércitos del continente un número considerable de jefes beneméritos, entre los que figuraron siempre con honor los nombres de San Martín, Soler, Necochea, Balcarce, Melián, Zapiola, Escalada y muchos otros de distinguida memoria.

CAPÍTULO SEGUNDO

I

Favorecido poco después San Martín con el empleo de general en jefe del ejército patriota que se hallaba en Tucumán, pasó á recibirse de su nuevo cargo; y dignas de mencionarse son la actividad é inteligencia con que se dedicó á la organización y disciplina de los soldados, á quienes confiara la nación la defensa de sus libertades. Permaneció algún tiempo al frente del ejército de Tucumán, que bajo sus órdenes continuó hostilizando guapamente á los españoles; una ligera fuerza al mando del comandante don José Apolinario Saravia, arrollaba y acuchillaba completamente otra muy superior, el 26 de marzo de 1814. Tres días después el valiente tenientecoronel Güemes batía en el campo de Velarde una fuerza enemiga que mandaba el coronel Juan Saturno Castro, haciendo Güemes en aquella jornada esfuerzos

dignos de su reputación. Y estos lances se repetían diariamente, consolidando la preponderancia de nuestras armas en las fronteras del Perú.

II

La causa de la revolución, no era menos feliz frente á Montevideo y sobre el Plata. Rondeau, general en jefe del ejército sitiador, que mantenía encerrados á los realistas, anunciaba al gobierno el 16 de mayo de 1814, que la escuadra de la República, estaba en esos momentos frente de la armada enemiga y próxima á un combate decisivo. Y el general Alvear, que en esos momentos sucedía á Rondeau en el mando, comunicaba el 17 de mayo que « el sol y la victoria se presentaron á un tiempo mismo en ese memorable día ».

« La corbeta enemiga *Mercurio*, decía en su parte, un lugre y un falucho, son los únicos buques que á fuerza de vela han logrado alcanzar el puerto. La escuadra del estado acaba de anclar sin avería alguna visible, y con tres embarcaciones prisioneras á su lado. Tres buques enemigos dieron á la costa al oeste del Cerro, y los tres restantes de su escuadra, ó ya se hallan apresados á esta hora ó caerán hoy probablemente en

poder de la nuestra ». (Parte del general Alvear.)

Brown, el bravo entre los bravos, era el héroe de aquella jornada. Después de haber derrotado y deshecho la armada española, infinitamente superior á la escuadrilla de la República, en buques, en armamento y equipajes, perseguía los dos últimos barcos enemigos hasta ponerlos debajo de las baterías de Montevideo, y allí, ostentando un conjunto gracioso de valor y gallardía, echaba sus anclas y saludaba con veintiún cañonazos el triunfo de la libertad sobre las olas del Plata.

III

Eran aquéllos días de gloria para las Provincias Unidas, en todas direcciones. Sucedíanse por momentos las nuevas de acontecimientos felices. Mientras Brown destruía las naves españolas y San Martín seguía arrollando á los realistas en el Perú, Alvear los estrechaba en Montevideo; levantaba el brío del ejército sitiador, y el 20 de junio de 1814, dirigía al gobierno esta lacónica nota, en la que sin embargo transmitía el triunfo definitivo de la revolución y de la independencia en esta parte de América.

« A esta hora, que son las tres y media de la tarde, acaba de entregarse por capitulación la plaza de Montevideo al ejército de mi mando. En consecuencia pasado mañana debe ya tremolar el pabellón de la libertad en la fortaleza del Cerro, y al día siguiente daré á V. E. desde aquella ciudad el correspondiente parte de las circunstancias, que la premura del tiempo no me permite ahora describir ».

« Son las diez de la mañana, escribía el 22 de junio y acaba de tomarse posesión por las tropas de mi mando, de la fortaleza del Cerro, en que ya flamea la bandera de la patria ».

Y pocas horas después, dirigía desde Montevideo el siguiente parte al gobierno :

« Exmo. Señor : Las tropas del ejército de la patria que V. E. se ha dignado poner bajo mi mando se hallan en esta misma hora guarneciendo las fortalezas de la ciudad de San Felipe. A su presencia desaparecieron para siempre los instrumentos de la tiranía, y aquel pueblo que por tanto tiempo sacrificó al depotismo su valor y su constancia, entre cadenas, hoy recibe á sus libertadores con toda la sorpresa que debe producir el ejemplo de subordinación y disciplina de estas tropas á unos habitantes á quienes se había inspirado el mayor horror hacia ellos por sus antiguos opresores.

« El regimiento de infantería N° 6, fué el primero que entró á tomar posesión de la ciudadela, bajo cuyos fuego acreditó tantas veces su intrepidez. Un escuadrón de los valientes dragones de la patria le seguía. A éstos, los brillantes y bravos regimientos de granaderos de infantería, el número 2, núm. 3, núm. 8, numero 9 granaderos montados, y sucesivamente el resto del ejército. La moderación y aquella serenidad inalterable con que todos ellos, acostumbran marchar delante de los peligros, distinguía esencialmente el acto de su pacífica entrada.

« Dios guarde á V. E. muchos años. Fortaleza de Montevideo, junio 23 de 1814, á las dos de la tarde. Exmo. Señor. *Carlos de Alvear*, Exmo. Supremo Director del Estado ».

VI

Al siguiente día Alvear enviaba con el coronel Moldes, ocho banderas pertenecientes á los regimientos de infantería Lorca, América, Provincia, Abuera y Madrid. « Ellas, decía, han sido rendidas al ejército de mi mando, entre inmensidad de otros trofeos. Yo espero que V. E. se digne hacerlas colocar de un modo que

su publicidad sirva de monumento eterno á la heroicidad de los que han sabido despreciar la vida por salvar su patria ».

Y en efecto, sorprendería si se viesen reunidos los elementos de guerra, y el personal tomados en la plaza de Montevideo.

Veintisiete jefes de alta graduación entre brigadieres, coroneles y tenientecoroneles. Cuatro cientos oficiales y como cinco mil individuos de tropa. Seiscientas piezas de artillería, millones de cartuchos de cañón y de fusil, armamentos, municiones y elementos de guerra de toda clase; la escuadra española y una inmensidad de objetos de alta utilidad é importancia, esos fueron los trofeos de que se posesionaron en Montevideo las armas de la patria.

Y sin embargo, el general del ejército comunicaba aquel espléndido acontecimiento tan decisivo para la revolución, en una nota sencilla, que no llenaba la cuarta parte de un pliego de papel.

Nueve años después, San Martín, el compañero de Alvear, tomaba posesión de la ciudad de Lima, rico cuartel general de la monarquía en el Pacífico, y comunicaba también como más tarde lo veremos, aquel suceso feliz, en un parte sencillo semejante al del general Alvear.

De este modo, aquellos dos hombres, á quie-

nes la América debe tan brillantes servicios; que se embarcaron juntos para lidiar por la libertad de su patria, vinieron á rendir el uno sobre el Atlántico y el otro sobre el Pacífico, los atrincheramientos de la monarquía. La toma de Montevideo y la posesión de Lima habrían bastado para labrar la reputación de aquellos bravos veteranos ; y sin embargo, ellos transmitían ambos hechos, sin pretensiones, sin recargos, sin odios para sus adversarios, como el sencillo cumplimiento del deber de un soldado.

V

San Martín correspondía en tanto, en el ejército del norte, á las esperanzas del gobierno ; pero quebrantada constantemente su salud por la influencia de aquel clima, solicitó su reti ro, siempre con la idea de consagrarse en situación más adecuada al servicio del país. Nombralo gobernador intendente de Cuyo, trasladóse á Mendoza, y después de haber reconocido su localidad, costumbres y clima, se dedicó á impulsar la industria, fomentar el comercio, mejorar las instituciones y favorecer el desarrollo de la civilización, habilitando campos abandonados, fertilizando por medio del regadío estériles lla-

nuras, y ennobleciendo las costumbres sociales. Dedicado á tan importantes reformas, pone en acción la mayor actividad para levantar recursos con qué atender á las urgentes necesidades de sus soldados, y á la excitación del espíritu público, que era el primordial, el único elemento de la revolución. El que haya estado alguna vez en aquella provincia, modesta en sus condiciones económicas, pero espléndida en la grandeza de sus esfuerzos, habrá oído referir en cada calle, en cada quinta, en cada lugar, un rasgo de la energía de San Martín, y de la desenvoltura con que todo lo subordinaba á las altas exigencias de la revolución.

Inflexible con los españoles, les impone empréstitos forzosos, señalándoles términos perentorios y previniéndoles que « cualquiera reclamación les impondrá la condena del duplo de la cantidad designada » (1).

Severo con los enemigos de la independencia, cualesquiera que fueran su profesión y su rango, suspende « de poder confesar y predicar, sin que por ésto dejen de celebrar el santo sacrificio de la misa », á varios religiosos remarcables por su aversión y sus hostilidades á la causa americana, y ordena al guardian de San

(1) Orden de octubre de 1815.

Francisco los mantenga reclusos en sus claustros.

Activo para mover todos los resortes que puedan dar impulso á la marcha de la libertad, dispone que los curas y sacerdotes « en sus pláticas y sermones hagan ver la justicia con que la América ha adoptado su sistema de libertad », y amenaza castigar á los que no lo hagan.

Promueve las donaciones entre los patriotas; excita el espíritu de los americanos; levanta recursos en todas partes, y con una actividad prodigiosa, prepara los elementos y las legiones que deben libertar, en poco tiempo á Chile, y abrir á la independencia las puertas del Perú, cerradas durante tres siglos por la mano de fierro de la España.

CAPÍTULO TERCERO

I

San Martín había así convertido las provincias de Cuyo en un cuartel general, cuando el ciudadano don Tomás Guido presentaba al gobierno una memoria digna de su inteligencia y de su patriotismo, dirigida á demostrar « que la ocupación del reino de Chile era el objeto principal que debía proponerse el gobierno á todo trance y á espensas de todo sacrificio ». Aquel trabajo que fuera bastante á establecer la reputación del general Guido, robustecida más tarde por una serie de brillantes servicios, fué aceptado por el gobierno, y San Martín lo acogió con entusiasmo, no pensando ya sino en su realización y en la urgente necesidad de confundir en brazos de la libertad los destinos de todos los estados americanos, borrando sus demarcaciones, y haciendo de todos ellos una patria común.

II

Dominado exclusivamente por este pensamiento propúsose organizar una expedición, para rescatar á Chile del yugo de los españoles, y llevar de este modo allende los andes la libertad enlazada al pabellón argentino. Meditaba San Martín incesantemente en la realización de tan grandiosa inspiración; pero la desorganización de la república no le permitía halagarse con la idea de ver ejecutados sus planes, pues faltaban los elementos más indispensables, y dominaba la instabilidad en los gobiernos y en los cuerpos municipales de los pueblos. Agitado por estas contrariedades pasó muchos meses, hasta que, intalado en Tucumán el Congreso Nacional que proclamó la independencia, nombró supremo director del estado á don Juan Martín de Pueyrredón, que había sido diputado á aquella asamblea, por la provincia de San Luis. Esta oportunidad en que la nación se disponía á la organización, pareció á San Martín aparente para iniciar la empresa de libertar á Chile. Resuelto á llevarla á efecto, marchó á Córdoba á encontrar al general Pueyrredón que venía para Buenos Aires á tomar posesión de su cargo, y avistados allí, quedaron acordadas

las bases de la expedición á Chile, y sancionada la formación del ejército de los Andes. Satisfecho de este modo, regresó San Martín á Mendoza, y consagróse con ahinco á la organización de las legiones que debían llevar la bandera de la libertad hasta las cordilleras de Colombia. Dignos serán de mencionarse siempre con elogio, el interés, la eficacia y decisión con que los hombres y los pueblos concurrieron á aquella idea elevada, fecunda en bienes y en glorias para América. El general Pueyrredón despachó inmediatamente excelentes tropas, y un número considerable de jefes y oficiales de mérito, que secundaron al general San Martín. Remitiéronse igualmente de Buenos Aires, municiones, vestuarios y cuantos elementos de guerra se creyó precisos, y vióse á San Martín rodeado de lo más necesario, para el arreglo y marcha de la expedición. Digna también es de recomendarse la cooperación que prestó en momentos tan solemnes el pueblo de Mendoza. Ligado absolutamente á la idea de San Martín, le ofertó la plenitud de sus recursos, y entregándole cuanto aquel necesitó para sus tropas, probó la altura de su patriotismo. Independientes de su gobierno donaron voluntariamente los vecinos de Mendoza fuertes cantidades de dinero, numerosas caballadas y tropas de mulas, vestua-

rios, víveres, esclavos, y todo cuanto era necesario para la organización, y el difícil paso de la expedición hasta Chile (1).

Disponiendo de estos elementos, terminó San Martín la organización del ejército, y el 20 de enero de 1817, las legiones de la república encaminadas por su ilustre capitán, trepaban las escabrosas montañas de los Andes, y enarbolaban entre las eternas nieves del Tupungato el pabellón argentino, símbolo de independencia y gloria.

III

La historia hace justicia al paso de los Andes, paso que bastante sería para justificar el renombre de héroe acordado á San Martín. Pero el que haya visitado las elevadas cumbres de aquellas majestuosas cordilleras, el que haya alguna vez marchado por las estrechas sendas que se abrieron los soldados de la patria, el que haya contemplado las eminentes cuestas y angosturas, por las que treparon los artilleros de la libertad americana, conservará aun más profundo el sentimiento de veneración que inspiran los veteranos de la independencia.

(1) Estado de las donaciones hechas por los vecinos de Mendoza, tomado por orden del gobernador intendente de aquella provincia, fecha 23 de agosto de 1816.

Internado en las montañas, marchaba el general San Martín á realizar su invasión á Chile, pero los españoles, en número de 8000 hombres perfectamente disciplinados, hallábanse dispuestos á resistir á los patriotas en su descenso de las cordillas, y contra enemigos tan poderosos en recursos y dueños de tan ventajosas posiciones, parecía imposible que combatieran con éxito las legiones argentinas. En tal situación, precisado San Martín á dominar esta dificultad destelló una de aquellas inspiraciones que tantas veces le indicaron la senda de la victoria. Pensó que dividir las fuerzas de los enemigos era la imperiosa necesidad del momento, y al efecto concibió la idea de hacer entender á Marcó, que el ejército libertador acometería la invasión á Chile por la parte sud, cruzando las cordilleras del Planchón. Difícil era que los españoles aceptaran esta sugestión, y preciso fué por tanto, que San Martín arbitrase un medio que, si fué adecuado á la necesidad, reveló la viveza del general. Conocido es de los hombres que han estudiado la índole de las tribus errantes que vagan en nuestras cordilleras, el carácter desleal de los indios Pehuenches, incapaces de ser consecuentes á pacto alguno, y mucho más de mantener en reserva una revelación recomendada. Apercibido de esta pérfida propensión de

los Pehuenches, resolvió valerse de ella para realizar el plan de dividir las fuerzas enemigas, llamándoles la atención sobre puntos diferentes. Con esta resolución, convocó á los caciques de más nombre, celebró con ellos un parlamento y comunícoles con grandes recomendaciones de sigilo, su designio de invadir á Chile por las cordilleras del Planchón, pidiéndoles lo auxiliasen en su tránsito por aquellas tierras en que ellos habitaban, y haciéndoles magníficos presentes, tanto por la concurrencia que le ofertaron, cuanto por la absoluta reserva en que prometieron mantener tan delicada confidencia. Alejáronse del parlamento así convenidos y obligados los Pehuenches; pero consecuentes á sus hábitos y sus costumbres, denunciaron al presidente de Chile el designio de San Martín, y la solicitud que les había dirigido. Estas revelaciones parecieron tan evidentes á Marcó que inmediatamente dividió su poderoso ejército, destinando al sud una parte, y permaneciendo el resto en precaución de ulteriores resultados.

IV

Fraccionadas las fuerzas españolas, destinó el general San Martín una corta división al

mando del comandante Freyre, á invadir por el sud de los Andes. Envió otra parte de sus fuerzas por la fragosa cordillera de los Patos (provincia de San Juan).

Correspondió el jefe destinado á la invasión del norte, don Juan Manuel Cabot, á la confianza que en el se depositó. En catorce jornadas penosas, llenas de dificultades y de riesgos, consiguió pisar el 6 de febrero en la cañada de los Patos, en cuyo punto sorprendió la primera guardia española, arrollando sucesivamente las partidas que se le presentaban, interceptando correspondencias de interés para los realistas, y batiéndolos por último, el 12 de febrero, en los llanos de Salala, donde á pesar de todas las dificultades topográficas, de la fatiga y deficiencia numérica, obtuvieron las armas de la república un brillante resultado : 18 piezas de artillería, 40 barriles pólvora, equipajes, fusiles y la posesión de la plaza y fuerte de Coquinbo, esas fueron á rasgos ligeros, las consecuencias que obtuvo la briosa división que al mando de Cabot, jefe cuyo nombre ha olvidado la historia, lanzó San Martín por la senda más escabrosa y más ingrata, que presentan los Andes argentinos, á la altura de San Juan (1).

(1) Parte dirigido al director Pueyrredón.

V

Mientras los españoles eran desalojados por la parte del norte, el valiente comandante Freyre, también correspondía dignamente á la misión que se le confiara. Después de haberlos tiroteado al descender de las montañas, se dedicó á alarmarlos amagándolos por diferentes puntos, y produciendo en ellos una perturbación tan visible, que, como lo decía en su parte de 12 de febrero el mismo comandante Freyre, llegó á sospechar, fuesen los movimientos enemigos calculados para alucinarlo y sorprenderlo.

Es imposible describir la actividad que Freyre desplegó en desempeño de la empresa confiada á su patriotismo. Excederíamos los límites de estos recuerdos si entrásemos en reminiscencias que, por otra parte, son tan lisongeras y seductoras. Baste decir que aquel esforzado campeón de la revolución que con una división ligera recibió la única orden de inquietar á los enemigos y entretenerlos, anunciaba el 12 de febrero al general San Martín, que en breve tendría reunidos 2000 hombres. « Espero, decía, que V. E. me remita armas y municiones que me hacen falta. Luego que esté ya formado este ejér-

cito si á V. E. le parece conveniente, avanzaré á la capital é impediré que Sánchez se reuna en Santiago, y en caso que mis fuerzas no sean suficientes, lo ejecutaré en emboscadas ó á la pasada de los ríos (1).

VI

Mientras Freyre y Cabot arrollaban del modo que dejamos expuesto á las fuerzas españolas del sud y norte de Chile, San Martín se descolgaba con la artillería y las bravas legiones de su mando por las pendientes y cuchillas de Uspallata. Digna es aquí de mencionarse la subordinación de los jefes y soldados que componían el ejército de los Andes. Cruzando por sobre aquellas elevadas y ásperas montañas, venciendo los riesgos de las localidades, soportando los rigores de la naturaleza en un región tan inclemente, prescindiendo de las privaciones inherentes á una campaña penosa; marchaban á paso de triunfo ostentando un precioso conjunto de valor y civismo. En medio de aquellas exigencias, el general Soler, que mandaba la vanguardia, sorprendió una partida enemiga, y después de batirse, quitóle algunas reses y

(1) Oficio del comandante Freyre al general San Martín.

víveres frescos, que en vez de aceptar para sí y la fuerza de su mando, remitió al general O'Higgins comandante del centro. Apreció éste debidamente aquel comedimiento, pero lo dedicó al general en jefe, remitiendo con uno de sus ayudantes las provisiones apresadas. San Martín dió entonces un nuevo ejemplo de su severa delicadeza. Estimó la cortesía de los jefes, y devolvió las provisiones para que se destinasen á la división del centro. Inaceptados de los tres comandantes, repartiéronse los víveres entre la tropa, y de este modo mostraron los jefes del ejército, que eran ellos los primeros en someterse á las privaciones de la guerra, y en aceptar las rigores de la campaña.

VII

Veintidós días marcharon nuestros soldados por las cumbres de nevadas cordilleras, cuando se avistaron las soberbias falanges españolas, cuyas armas brillaban sobre las crestas de los Andes. Sintióse el ejército conmovido por entusiastas emociones, latió el corazón del patriota, brilló la alegría en el rostro del guerrero, y San Martín irradiando el valor y el ardimiento dió la señal de acometer á los sostenedores del

despotismo español. Palmo á palmo disputaron los realistas el terreno desde Achupayas, haciendo en cada cerro una defensa que honró el valor de los hijos de la Iberia. Pero á par de su resistencia, creció también el denuedo de los argentinos, y al pie de la cuesta de Chacabuco, retáronse á muerte los ejércitos, y se lanzaron con arrojo, á conquistar el triunfo ó dejar el honor enaltecido. San Martín fué el primero que hizo brillar su espada en aquella gloriosa jornada; fué el primero que, puesto á la cabeza de sus granaderos, dió el ejemplo de la carga, acometiendo con heroico tesón al enemigo. De lo más encendido del campo de batalla, de entre el polvo y el humo del combate sacaron á San Martín sus granaderos, recordándole que si el perecía, la independencia de la América fracasaba, y el bravo general al deferir á los ruegos de sus amigos. » Compañeros, exclamaba, todo lo espero de vosotros ». Puesto al frente del ejército, dirigía sus movimientos con pericia, entusiasmaba con su ejemplo, fortalecía con su vista y favorecido por la providencia, conquistaba una cumplida victoria.

La historia de la libertad del nuevo mundo reposa en las palmas de Chacabuco, y apenas existirá un argentino que no pronuncie entre afectos elevados, aquel recuerdo, símbolo de

tanto honor, resultado feliz de esfuerzos tan supremos, auténtico testigo de prodigios tan sublimes. En Chacabuco fué completo el triunfo de las armas americanas. En Chacabuco San Martín inmortalizó ya su nombre y la gloria de su patria. He aquí el lacónico parte de aquella brillante jornada.

« Exmo señor : Una división de mil ochocientos hombres del ejército de Chile acaba de ser destrozada en los llanos de Chacabuco por el ejército de mi mando en la tarde de hoy. Seiscientos prisioneros, entre ellos treinta oficiales, cuatrocientos cincuenta muertos y una bandera que tengo el honor de dirigir, es el resultado de esta jornada feliz con más de mil fusiles y dos cañones.

«La premura del tiempo no me permite extenderme en detalles, que remitiré lo más breve que me sea posible : en el entretanto debo decir á V. E. que no hay expresiones como ponderar la bravura de estas tropas; nuestras pérdidas no alcanzan á cien hombres. Estoy sumamente reconocido á la brillante conducta, valor y conocimientos de los señores brigadieres don Miguel Soler y don Bernardo O'Higgins.

« Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general de Chacabuco en el campo de batalla, febrero 12 de 1817. — *José de San Martín.* »

VIII

Tales fueron las sencillas palabras con que San Martín comunicó al gobierno la batalla de Chacabuco. Buenos Aires, recibió con el más vivo entusiasmo la nueva de aquella victoria, que condujo el Sargento Mayor don Manuel Escalada, ayudante del general. Y la República saludó al héroe de aquella jornada, que preparaba el triunfo completo de la emancipación.

El gobierno asociado al regocijo publico, quiso en esos momentos solemnes, dar un testimonio del reconocimiento nacional á la provincia de Cuyo, que habia hecho tan meritorios esfuerzos en la organizacion del ejército : y la bandera rendida, fué destinada á uno de los templos de la ciudad de Mendoza, al que eligiera su cuerpo municipal.

IX

Expidióse también un decreto acordando un merecido escudo de honor á los vencedores de los Andes : y se le remitió al general San Martín el despacho de brigadier, que él rehusó, manifestando « haber empeñado su palabra de

no admitir empleo militar ni político : y estar sobradamente recompensado con haber merecido la aprobación de sus servicios ».

El gobierno reiteró sin embargo su acuerdo, con estas palabras significativas y honrosas.

« La aceptacion á que por oficio del 13 del que expira se niega V. E. del despacho de brigadier de los ejércitos de la patria que el Exmo. Supremo Director del Estado tuvo á bien conferirle después de la gloriosa restauración de Chile, jamás podrá dejar comprometido el honor acrisolado de V. E. á cuyo merito y apreciables virtudes debe considerarse desproporcionada aquella distinción. Por este principio cree el gobierno se haría acreedor á una justa censura, si á la vez que se encarga de cubrir á V. E. de la que sólo su extremada delicadeza puede inducirle á temer, no lo estrechase á admitir la indicada graduación, como lo verifica, ordenándome en su virtud devuelva á V. E. el referido despacho. — *Matías de Irigoyen* ».

CAPÍTULO CUARTO

I

Triunfante el ejercito libertador, marchó en alas de la victoria sobre la capital de Chile y posesionado de ella el general San Martín, expidió un bando convocando á los ciudadanos para que nombrasen un gobernador interino del estado. Reunido el pueblo en la sala capitular de Santiago fué aclamado gobernador de Chile con omnímodas facultades el general San Martín, levantándose la correspondiente acta que firmaron todos los presentes. Negóse el general decididamente á aceptar ese nombramiento, que reiteró el pueblo una vez más, y convocado nuevamente para el 16 de febrero, fué nombrado director supremo de Chile, el Brigadier don Bernardo O'Higgins que prestó juramento y tomó inmediatamente posesión del cargo (1).

(1) Acta publicada en la *Gaceta* el 6 de marzo de 1817.

II

Entre tanto que el general O'Higgins se entregaba á la organización militar de Chile, San Martín atendía á todo lo que conducía á consolidar el triunfo obtenido recientemente. Nombró al teniente Alvarado gobernador de Valparaíso, punto cuya guardia era de inmensa importancia para esterilizar el poder de las escuadras españolas que surcaban el Pacífico; aumentó el ejercito, libertó por hábiles combinaciones los prisioneros chilenos encerrados en Juan Fernández, y buscando el concluir con los restos del ejército enemigo, destacó una fuerte comisión de las tres armas á las órdenes del tenientecoronel Las Heras, comandante del batallón número 11, que marchase rápidamente al sud en persecución de los españoles que se retiraban á la ciudad de Concepción.

Pero éstos se fortificaron en Talcahuano, y en tal situación, fué preciso aumentar las fuerzas encargadas de hostilizarlos, con cuyo objeto puso San Martín un cuerpo de ejército á las ordenes del general O'Higgins.

Fueron verdaderamente heroicos los hechos que ocurrieron en aquella época de la guerra, y sentimos no sea conforme con el carácter y los

limites de este opúsculo, detenernos á describirlos. Renunciamos, pues, á ese interesante trabajo, y sólo consignaremos dos ó tres episodios, de los más notables que recordamos.

El regimiento del coronel Las Heras que seguía su marcha, fué acometido en Concepción el 5 de mayo por dos divisiones españolas, compuestas de 1400 hombres y cinco piezas de artillería. Las Heras ocupó el cerro del Gavilán, que fué atacado por una división realista con arrojo, siendo sin embargo rechazados por el mortífero fuego de cuatro piezas de artillería, que Las Heras había colocado hábilmente en el flanco izquierdo del cerro que mira á Chepe.

Rehiciéronse sin embargo los españoles con un brío que honra las armas de aquella nación y volvieron al ataque, poniendo cazadores á la cabeza de la columna, y dirigiéndose á apoderarse de la ciudad. El coronel Las Heras ordenó entonces á los granaderos á caballo cargasen á sable á los cazadores españoles, y ésto se verificó con tal arrojo, con una fuerza tan impetuosa, que después de una resistencia esforzada y heroica quedaron vencidos los españoles, teniendo gran parte en esta jornada don Ramón Freyre, que con 100 tiradores atacó una de las divisiones españolas á la bayoneta, quitándoles dos piezas de artillería.

III

Veinte días después de este suceso, el mismo comandante Freyre batía otra fuerza enemiga en el río Carampangue, donde estaba atrincherada ; habiendo pasado los patriotas á nado en medio de una noche tormentosa, cuya densa obscuridad hacía imponente y romancesco el ataque. Y sería interminable este trabajo si fuésemos á relacionar los rasgos de intrepidez de Freyre en aquel período de la guerra, y los de todos los jefes y oficiales que lidiaban por la emancipación. « Yo puedo asegurar á V. E., decía el general Brayer en un parte dirigido al director de Chile, que no hay punto impenetrable cuando se marcha con los granaderos á caballo. De la bravura de éstos, es un digno ejemplo el comandante don Manuel Escalada» (1). « Es digno de la gratitud de la patria, decía el director O'Higgins en una nota al general San Martín, el sobresaliente mérito de los comandantes don Ramón Freyre y don Manuel Escalada ».

(1) Nota de 15 de octubre de 1817.

IV

En medio de estos hechos, los españoles permanecían encerrados en Talcahuano, esperando por momentos nuevos recursos del Perú. El general O'Higgins, anhelando dar un ataque, antes que los recibiesen, lo emprendió en efecto al amanecer el 16 de diciembre de 1817; y vamos á dar una idea ligera de aquella tentativa esforzada.

El coronel Las Heras recibió el mando de la primera brigada de infantería, compuesta de los batallones 3° y 11°, cuatro compañías de cazadores y cuatro de granaderos, y tuvo la orden de llevar el ataque por la derecha.

La segunda brigada la formaban los batallones 1° y 7°, nacionales; era mandada por el coronel don Pedro Conde encargado de llevar el ataque por la izquierda.

La tercera brigada de caballería compuesta del 3° y 4° escuadrón de granaderos á caballo, la mandaba el coronel Freyre, y debía entrar por el rastrillo que cerraba la población.

Cinco lanchas al mando del comandante don Ignacio Maguín debían acometer las lanchas y cañoneras españolas.

V

Así dispuesto el asalto, el ejército patriota se puso en marcha al amanecer, habiéndose retardado cerca de una hora su movimiento, lo que fué fatal, pues entraba como base del asalto, la obscuridad.

Al moverse el ejército, Las Heras recibió orden de posesionarse del Morro, y practicando uno de los movimientos más rapidos é intrépidos de que haya memoria, salvando con arrojo el foso y estacada de la derecha, cayó sobre dos baterías españolas, y las desalojó á la bayoneta, pereciendo en esta carga toda la guarnición que las defendía, con excepción de 16 hombres que fueron hechos prisioneros. Los españoles quedaron en aquel momento sobrecogidos, y O'Higgins dirigió entonces el ataque sobre el Rastrillo, á fin de despejarlo para que la caballería penetrase, é impidiese el embarque de los realistas.

Comprendieron los españoles que el punto era decisivo y concentraron allí todos los fuegos. Dos baterías situadas frente al Rastrillo, en un cerro llamado del Cura, hacían por instantes explosiones de balas sobre los patriotas. La infanteria de estos, lejos de arredrarse, redobla-

ba su coraje y respondía con un fuego vivísimo y certero, que en ciertos momentos estremecía á los artilleros del rey.

Conde, por su parte, atacaba la izquierda con denuedo; y las lanchas al mando de Maguín ponían en dispersión á las embarcaciones enemigas.

La victoria parecía descender en esa hora sobre las armas libertadoras, y los españoles resolvieron alejarla, concentrando todas sus fuerzas en el Morro, y haciendo allí una de esas defensas encarnizadas, que ilustran por sí solas las armas de una nación, parecieron retar á muerte á los soldados de la patria. O'Higgins, voló en ese momento al punto decisivo del combate; y tres horas se batieron nuestras tropas con las huestes españolas, haciendo cada hombre prodigios de heroicidad, los unos atacando, los otros resistiendo.

VI

Al cabo de ese tiempo, reaparecieron las lanchas enemigas, cuyos fuegos, unidos á los de la fragata *Venganza*, hicieron ya difícil la posición de nuestras fuerzas. No desmayaban éstas sin embargo; por el contrario, crecía el

arrojo de ellas, en armonía con el peligro y con la solemnidad del momento, cuando fué muerto el bravo comandante don Ramón Boedo, cuya pérdida fué irreparable en aquella situación. Murió también al dar una carga, el bizarro capitán de cazadores don Bernardo Videla. Cayeron simultáneamente heridos los comandantes Correa y Borches; y perecieron otros oficiales tan dignos y esforzados como los anteriores. Todos estos contrastes no debilitaban sin embargo el ataque; pero las municiones empezaron á faltar y O'Higgins, valeroso y gallardo como era, no se resolvió á hacer el último esfuerzo de arrojo, porque, como lo dijo en su parte, « creyó más prudente que aventurarlo todo en ese momento, reservar para otro, el asalto definitivo de los atrincheramientos de la monarquía ».

El ejercito recibió la orden de retirada con pesar, pero esencialmente subordinado, guardó silencio, y la emprendió, clavando los cañones del enemigo, recogiendo los muertos ilustres de aquella jornada, y dejando á los españoles recuerdos inolvidables, del arrojo é intrepidez que ha caracterizado la dilatada lucha de nuestra emancipación.

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARIES

CAPÍTULO QUINTO

I

Resistido el ataque que emprendió el general O'Higgins, y reforzado el ejército español con el poderoso auxilio de 3400 hombres de tropas escogidas que le destinó el Virrey del Perú, se preparó San Martín á rechazar aquella invasión impetuosa, y ordenó que el ejército del sud se retirase á Concepción; quería reconcentrar todas sus fuerzas, á fin de asegurar el éxito de la batalla en la que, como lo dijo más tarde en la orden general expedida horas antes de emprenderla, « iba á decidirse la suerte de toda la América ». « Nada nos importa, escribía San Martín á O'Higgins, el 20 de enero de 1818, perder algunas leguas de terreno, como luego tengamos seguridad de ocuparlo de un modo sólido. Reconcentración de fuerzas y somos invencibles ».

El director de Chile se dispuso á cumplir las

insinuaciones de San Martín, y la retirada del ejército, fué resuelta y anunciada realmente á los pueblos.

« El orden de nuestras combinaciones militares, decía el director O'Higgins en una proclama á la nación, ha exigido que el ejército del sud se retire por ahora de la provincia de Concepción poniendo antes en salvo todas las personas y propiedades de los habitantes de aquel territorio. La expedición de Osorio se acerca á nuestras costas, y mientras nos preparamos á renovar el día de Chacabuco dando el último golpe al poder expirante del Virrey de Lima, es preciso que la sensibilidad ceda á la politica, y que el sociego de aquellos habitantes se sacrifique por la salud universal ».

II

En medio de aquellos nuevos peligros, la revolución redobló su carácter enérgico y decidido. Chile creyó que era llegado el momento de manifestar su resolución intransigible, de constituirse independiente de la corona de España, y bajo el amago de las poderosas legiones que desembarcaban en su suelo; bajo el peso de los armamentos que estremecían sus montañas;

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARIES

bajo el cañón de las naves que surcaban á medio tiro de sus costas, y lo que fué más grandioso, en presencia del ejército que retrocedía, sembrando en su retirada naturalmente siniestras impresiones; bajo la influencia de todas estas circunstancias, « fué proclamada y jurada el 12 de febrero ante el Dios de los hombres, la independencia de Chile de la Monarquía Española, por el Jefe Supremo, magistrados, corporaciones eclesiásticas, civiles y militares del estado, y por un inmenso pueblo reunido en la plaza mayor de aquella capital. » (Nota del enviado don Tomás Guido al gobierno argentino, fecha 16 de febrero de 1818.)

III

Entre tanto, los españoles desembarcaron en Talcahuano. San Martín ordenó entonces la reunión de los ejércitos : el del sud y el del oeste : púsose en movimiento marchando con el suyo sobre Talca; y queriendo hacer imposible, después de una acción en la que contaba con el triunfo, la retirada del enemigo, le dejó libre el paso del río Maule que debía servirle de obstáculo en un desenlace desfavorable.

IV

La retirada del ejército del sud se operaba en admirable orden : « me voy retirando sin comprometer acción, como V. E. me ha prevenido », decía el valeroso Beise, en nota de 1° de marzo.

« El enemigo llega al Maule con todo su grueso, escribía San Martín. Dentro de pocos días saldremos á recibirle, y probablemente nos pagará con usura la visita. Pero al efecto es muy instante que V. E. se sirva mandar vengan inmediatamente á este ejército los artículos de la razón que tengo el honor de incluir á V. E. » (Nota del general en jefe al Director delegado.)

V

Conforme con las órdenes expedidas, se reunieron los ejércitos del oeste y del sud en Tinguirica.

Encerróse Osorio con los españoles en Talca : y oprimido por los azares de su situación, sin razonable esperanza de triunfo, dispúsose á un esfuerzo desesperado, que lo redimiera al menos de los sinsabores de la agonía; y en la noche del 19 de marzo de 1818, emprendió un ataque

extraordinario por su inportunidad, pero con el que logró sorprender nuestras fuerzas, y ponerlas en una confusión que trajo la dispersión de ellas.

Hallábase el ejército patriota situado en el Cerrillo de Talca, dando frente su retaguardia al río Lircay, cuando fué sorprendido y capturado un espía de los enemigos que, internado en el ejército libertador, intentaba seducir algunos soldados. Presentado al general San Martín, declaró que 1000 hombres al mando del general Ordóñez, con dos piezas de artillería y un escuadrón de caballería, saldrían de la ciudad á dar un ataque, y que el resto del ejército español, iba marchando hacía dos horas para el paso del Maule. Fácilmente comprendió San Martín que debía ejecutarse un movimiento rápido en aquellas circunstancias, y ordenó que los cuerpos del ejército formasen columnas cerradas y cambiasen de posición, poniéndose paralelas al Lircay. Esta maniobra era la más feliz concepción de un hábil militar, pues tenía por objeto engañar á los españoles, precisados á lanzarse sobre las antiguas posiciones del ejército libertador, y batirlos por su flanco izquierdo y retaguardia. Pero los enemigos se adelantaron con una velocidad desesperada y cargaron estrepitosamente sobre la izquierda del ejército

patriota. La confusión del encuentro y la desorganización del ataque fueron tan grandes, que los batallones españoles « Infantes Burgos » y « Fieles de Fernando VII », hiciéronse un fuego recíproco y dilatado : batiéndose igualmente entre sí los números 8 y 3 del ejército libertador.

VI

En medio de aquella sorpresa, entre el polvo del combate y las sombras de la noche, salvóse en retirada arreglada una gran parte de nuestro ejército, sin que el campo de batalla orlase á ninguno de los combatientes con el lauro de la victoria. Digno de elevado elogio fué el valor que mostraron los jefes argentinos en aquella retirada. Tan serenos en el conflicto como en los momentos de la prosperidad, replegábanse organizando sus legiones, y dando relevantes pruebas de subordinación y de coraje.

Dos días permaneció el ejército patriota en San Fernando, en una situación embarazosa, habiendo perdido los bagajes y materiales, y no contando sino con la virtud y denuedo de sus soldados. « En este caso, decía el general San Martín, dando cuenta de aquellas operaciones, no hallé otro partido que tomar, que el de re-

plegarme rápidamente sobre Santiago, poner todos los resortes en movimiento, y procurarme cuantos auxilios estaban á mis alcances para salvar el país. »

« Es increíble, Señor Exmo., si se asegura que en el término de tres días el ejército se reorganizó en el campo de instrucción, distante una legua de esta ciudad, el espíritu se reanimó, y á los trece días de la derrota, con una retirada de ochenta leguas, estuvimos ya en el caso de poder volver á encontrar al enemigo. El interés, la energía y firmeza con que los jefes y oficiales todos del ejército cooperaron al restablecimiento del orden y disciplina, les harán un honor eterno. »

VII

Y en efecto, parece increíble que después de un suceso tan desastroso, fuera posible retemplar tan rápidamente el espíritu y el ardor del ejército. « Más de 3500 veteranos vienen en retirada al mando del coronel Las Heras, escribía el enviado Tomás Guido al gobierno argentino con fecha 27 de marzo : y pasan de 2500 los de igual clase que existen ya reunidos en esta capital, dispuestos á marchar inmediatamente á unirse á aquella división. No falta un solo jefe

del ejército. El Exmo. señor general San Martín llegó antes de anoche á esta capital... Esta tarde ha regresado al campo de instrucción, después de haber dejado todo dispuesto para la reconcentración de las fuerzas y operaciones sucesivas. »

« Descanse V. E., decía en otra nota el señor Guido, en la seguridad de que á excepción de un corto número de alucinados, por un temor imprudente, la oficialidad y tropa del ejército de las Provincias Unidas, no menos que las de Chile, siguen firmes en la resolución de vengar el honor de la patria. »

VIII

Reconcentradas todas las fuerzas del ejército patriota, hizo San Martín prodigios para reorganizarla con la rapidez que los sucesos exigían; y al sentir á los enemigos que se aproximaban, lo hizo saber al ejército en esta enérgica proclama :

« Conciudadanos : el orgulloso vándalo ha creído que siempre lo han de ayudar las sombras de la noche, y en este juicio avanza osadamente, insultando vuestra bravura. Él viene á precipitarse en su sepulcro, y ya han sabido

abrírselo en las cercanías de San Fernando, los valientes granaderos al mando del guapo capitán del cuerpo, Cajaravilla. Os presento el parte recibido en este día para vuestra satisfacción. »

IX

Reorganizado el ejército patriota, buscó el desagravio de sus armas, y en los días 3 y 4 de abril, Freyre y Cajaravilla tiroteaban con arrojo á los españoles en las inmediaciones de la Calera. Continuaron los encuentros, y sobre las acequias de Espejo, batiéronse con bizarría las guerrillas del ejército patriota con las avanzadas enemigas. Precedido de estos sucesos amaneció el día 5, y el tenientecoronel Melian recibió y cumplió dignamente la orden de provocar al enemigo con guerrillas, y estorbarle la marcha, empeñando un encuentro con una división española, que fué completamente derrotada y vencida. Los tiros de este ataque parcial encendieron los fuegos de la memorable batalla en que brillaron tantos esfuerzos de abnegación y de civismo, y á la vislumbre de ellos, leyóse en el ejército patriota las siguientes instrucciones de San Martín, que merecen transcribirse íntegras á la historia.

« 1° Cada soldado para batirse llevará cien tiros y seis piedras, la mitad consigo, y la otra mitad detrás de su respectivo cuerpo.

« 2° Antes de entrar en batalla se les dará una ración de vino ó aguardiente, prefiriendo lo primero. Los jefes perorarán con denuedo á la tropa antes de entrar en batalla, imponiendo pena de la vida al que se separe de su fila, sea al avanzar, sea al retirarse.

« 3° Se dirá á los soldados de un modo claro y terminante por sus jefes, que si algún cuerpo se retira es porque el general en jefe lo ha mandado así, por astucia.

« 4° Si algún cuerpo de infantería ó caballería fuere cargado con arma blanca, no será esperado á pie firme, sino que le saldrá cincuenta pasos al encuentro con bayoneta calada ó con sable.

« 5° Los heridos que no puedan andar por sus pies, no serán salvados mientras dure la batalla, porque necesitando cuatro para cada uno, se debilitaría la línea en un momento.

« 6° En el lugar donde estará el general en jefe habrá una bandera tricolor, y donde el parque de reserva una encarnada.

« 7° Cuando se levanten donde se halla el general, tres banderas á un mismo tiempo, á saber : la tricolor de Chile, la bicolor de Buenos

Aires, y una encarnada, gritarán todas las tropas : ¡viva la patria! y en seguida cada cuerpo cargará al arma blanca al enemigo que tenga al frente.

« 8° Se perseguirá con calor, luego que esté rota la línea enemiga y al toque de llamada todos estarán en línea.

« Los señores jefes deben estar persuadidos de que esta batalla va á decidir la suerte de toda la América, y que es preferible una muerte honrosa en el campo del honor, á sufrirla por mano de nuestros verdugos. Yo estoy seguro de la victoria con la ayuda de los jefes del ejército á los que encargo tengan presentes estas observaciones.

« Recomiendo á los jefes de caballería llevar á su retaguardia un pelotón de veinte y cinco á treinta hombres para sablear á los soldados que vuelvan cara, así como para perseguir al enemigo mientras se reune el resto del escuadrón. Siendo el carácter de nuestros soldados más propio para la ofensa que para la defensa, los jefes no olvidarán que en un caso apurado deberán tomar la primera. — *San Martín.* »

X

Las guerrillas del ejército patriota iniciaron la batalla.

Pretendieron los españoles doblar en distancia la derecha del ejército, cortar á éste sus comunicaciones con Aconcagua, y amenazar de este modo la capital. Pero San Martín creyó necesario atacarlos sobre la marcha y ponerse á su frente, por medio de un cambio de dirección, que efectuó hábilmente sobre la derecha de su ejército. Conocido por los españoles el hábil movimiento del general argentino, destacaron un batallón de cazadores á sostener una batería de cuatro piezas, flanqueando y barriendo con sus fuegos el frente de la posición. Pero la línea del ejército libertador, en columnas cerradas y paralelas, se inclinaba sobre la derecha de los españoles. La reserva, mandada por el coronel Quintana, cargaba también. Dos baterías dirigidas por Plaza y Blanco Encalada, cañoneaban á los enemigos; y fué en esta actitud que se emprendió la acción, que dejaremos describir al mismo general San Martín.

« En esta disposición se descolgaron nuestras columnas del borde de la pequeña colina, que formaba nuestra posición, para marchar á la car-

ga y arma al brazo sobre la línea enemiga; ésta rompió entonces un fuego horrendo, pero esto no detenía la marcha; su batería de flanco en el Cerrito, nos hace mucho daño. En el mismo instante un grueso de caballería enemiga situada en el intervalo CB se vino á la carga sobre los granaderos á caballo, que formados en columnas por escuadrones, avanzaban siempre de frente. El escuadrón de la cabeza lo mandaba el comandante Escalada, que verse amenazado del enemigo, é irse sobre él, sable en mano, fué obra de un instante. El comandante Medina sigue este mismo movimiento; los enemigos vuelven caras á veinte pasos, y fueron perseguidos hasta el Cerrito, de donde á su vez fueron rechazados los nuestros por el fuego horrible de la infantería y metralla enemiga. Los escuadrones se rehacen con prontitud, y dejando á su derecha el cerro, pasan persiguiendo la caballería enemiga, que se replegaba sobre la colina B. Aquí fué reforzada considerablemente, y rechazó á los escuadrones, que vinieron á rehacerse sobre el coronel Zapiola que sostenía con firmeza estos movimientos. Todos vuelven nuevamente á la carga, hasta que el enemigo fué por último deshecho en esta parte y perseguido.

« Entretanto, el fuego se empeñaba del modo más vivo y sangriento entre nuestra izquierda

y la derecha enemiga. Esta la formaban sus mejores tropas, y no tardaron en venirnos igualmente á la carga formados en columna cerrada, y marchando sobre su derecha á la misma altura otra columna de caballería.

« El coronel Borgoño había remontado ya la loma con ocho piezas de artillería de Chile, que mandaba, y que destiné á nuestra izquierda, con el objeto de enfilar la línea enemiga. El supo aprovechar este momento, é hizo un fuego á metralla tan rápido sobre sus columnas, que consiguió desordenar su caballería. A pesar de esto, y de los esfuerzos de los comandantes Alvarado y Martínez que mostraron más que nunca su bravura, nuestra línea trepidó, y vaciló un momento : los infantes de la patria no pudieron menos que retroceder también : mas al mismo tiempo di orden al coronel Quintana, para que con su reserva cargase al enemigo, lo que ejecutó del modo más brillante. Esta se componía de los batallones número 1, de Chile, 3 de idem y 7 de Andes, al mando de sus comandantes Rivera, López y Conde : esta carga y la del comandante Thompson del 1° de Coquimbo dió un nuevo impulso á nuestra línea y toda volvió sobre los enemigos con más decisión que nunca.

« Los escuadrones de la escolta y cazadores á caballo, al mando del bravo coronel Freyre,

cargaron igualmente, y á su turno fueron cargados en ataques sucesivos. No es posible, señor Exmo., dar una idea de las acciones brillantes y distinguidas de este día, tanto de cuerpos enteros, como de jefes é individuos en particular : pero sí puede decirse, que con dificultad se ha visto un ataque más bravo, más rápido y más sostenido. También puede asegurarse que jamás se vió una resistencia más vigorosa, más firme y más tenaz. La constancia de nuestros soldados y sus heroicos esfuerzos, vencieron al fin, y la posición fué tomada regándola su sangre y arrojando de ella al enemigo á fuerza de bayonetazos.

« Este primer suceso parecía debía darnos por sí solo la victoria; más no fué posible desordenar enteramente las columnas enemigas. Nuestra caballería acuchillaba á su antojo los flancos y retaguardia de ella, pero siempre marchando en masa, llegaron hasta los callejones de Espejo, donde posesionados del cerro F, se empeñó un nuevo combate que duró más de una hora. Sostenido éste por el número 1, de Coquimbo y 11, que habían sostenido nuestra derecha, los atacan del modo más decidido, cuyo arrojo puso á los enemigos en total dispersión. Los portezuelos y todas las principales salidas estaban ocupadas por nuestra caballería.

Sólo el general en jefe, Osorio, escapó con unos doscientos hombres de caballería, y es probable no salve de los escuadrones y demás partidas que le persiguen. Todos sus generales se hallan prisioneros en nuestro poder : de este número contamos á la fecha más de 300 hombres, y 190 oficiales con la mayor parte de los jefes de sus cuerpos : el campo está cubierto de 2000 cadáveres. Su artillería toda, sus parques, sus hospitales con facultativos, su caja militar con todos sus dependientes : en una palabra, todo cuanto contenía el ejército real es muerto, prisionero ó está en nuestro poder.

« Nuestra pérdida la regulo en 1000 hombres entre muertos y heridos. Luego que el estado mayor pueda completar la relación positiva de ellos, tendré el honor de dirigirla á V. E., así como la de los oficiales que más se hayan distinguido.

« Estoy lleno de reconocimiento á los infatigables servicios del señor general Balcarce : él ha llevado el peso del ejército desde el principio de la campaña, así como el ayudante general del estado mayor, Aguirre, y demás individuos que lo componen, y cirujano mayor don Diego Paroissien.

« También estoy satisfecho de la comportacion del ingeniero Dalbe, como igualmente de

la de mis ayudantes O'Brien, Guzmán y Escalada, y la del secretario de la guerra Centeno, y el particular mio Marzán.

« Me queda sólo el sentimiento de no hallar como recomendar suficientemente á todos los bravos, á cuyo esfuerzo y valor ha debido la patria una jornada tan brillante.

« Ruego á V. E. que á continuación de este parte haga insertar la relación de los jefes que han tenido la gloria de seguir esta campaña tan penosa como brillante.

« Sé que ofendo la moderación del valiente Exmo. Supremo Director de este Estado, Don Bernardo O'Higgins, pero debo manifestar á V. E. que hallándose gravemente herido, montó á caballo, y llegó al campo de batalla á su conclusión, teniendo el sentimiento que de estas resultas se ha agravado de su herida.

« Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel General en Santiago, Abril 9 de 1818.

José de San Martín. »

« *Exmo. Señor Director Supremo de las Provincias Unidas de Sud América.*

« *Nota :* La accion principió á las doce del dia y se concluyó á las oraciones.

« *Otra :* La fuerza del ejército enemigo se componía de 5300 hombres de todas armas : la del nuestro de 4900. »

Capitán general, y en jefe de los ejércitos unidos : don José de San Martín.

General en jefe sustituto : Brigadier don Antonio González Balcarce.

Coroneles: don Hilarion de la Quintana, don José Matías Zapiola.

Tenientecoroneles : don José Melián, don Manuel Escalada, don Mariano Necochea, don Pedro Conde, don Francisco Montes Larrea, don Rudecindo Alvarado, don Enrique Martínez, don Mariano Larrazábal, don Pedro Regalado Plaza.

Coroneles graduados : Don Juan Gregorio Las Heras.

Sargentos Mayores : don Juan María Aguirre, don Domingo Frutos, don Ramón Guerrero, don Severo García de Zequira, don Joaquín Nazar, don Cirilo Correa, don Nicasio Ramallo, don Lino Ramires Arellano, don Benjamín Viel, don Alberto Dalbe, don Domingo Torres, don Mariano Escalada.

XI

Tal fué la gloriosa batalla que afirmó la independencia de Chile. En los llanos de Maipú terminaron desastrosamente su ingrata misión los ejércitos españoles que dominaban allende los Andes. Allí triunfó la emancipación del Nuevo Mundo, y la sangre de argentinos y chilenos corrió mezclada en holocausto de la libertad. Allí manifestó San Martín, entre el humo de la victoria, la idea de libertar el Perú.

CAPÍTULO SEXTO

I

Las desgraciadas disenciones civiles que dividían desde el año 16 á las provincias argentinas, habían relajado sus vínculos, sembrando la anarquía entre los pueblos. Destruído el principio de la legalidad, mudas las leyes, entronizada la fuerza de las pasiones, sucedíanse los gobiernos con rapidez. El de Buenos Aires ordenó á los generales San Martín y Belgrano, regresaran con los ejércitos de su mando, á sofocar en el litoral la discordia en que se consumía la nación.

Belgrano marcha, en efecto, sobre Buenos Aires; pero la sublevación de Arequito aumentó los conflictos de la Nación. San Martín, que mantenía la idea de libertar el Perú, y que sentía las graves dificultades que se presentaban para penetrar con sus fuerzas en la República, sin que participasen del espíritu de insu-

bordinación que campeaba en los ejércitos, se decidió á dimitir su autoridad, supuesto que no existía el gobierno general de que ella emanaba. Convocados con este intento en Rancagua todos los jefes y oficiales en junta general, hizo San Martín dimisión del mando que investía: pero una aclamación unánime, lo puso nuevamente al frente del ejército libertador. El vencedor de Chacabuco, defirió á esta manifestación, esperando consolidar la independencia americana.

II

Las penosas campañas de los Andes, habían destruído la salud de San Martín: su naturaleza sufría delicadas alteraciones; pero asimismo anhelaba la expedición á Lima para destruir el núcleo del poder español encerrado en los muros de aquella capital. Bajo la influencia de este pensamiento, encaminóse á Buenos Aires, deseando someter sus proyectos al gobierno y recabar los medios de verificarlos; y al efecto pasó la cordillera separándose temporalmente del ejército. Las inquietudes de la República, la instabilidad de sus autoridades, y la decadencia de sus rentas, no le permitieron llevar prontamente á cabo su atrevida empresa, y

regresó á la provincia de Mendoza, donde permaneció algunos meses, sino esperando recobrar su salud, mitigando al menos sus dolencias. Las graves alteraciones que experimentaba habían postrado completamente su cuerpo; pero su espíritu siempre enérgico, preponderaba en medio de aquellos destemples, y su inteligencia activa y vigorosa, sin cesar se trasladaba á la tierra de los Incas, donde existían, á su juicio, las grandes resistencias á la revolución. Dominado de estas impresiones se encontraba, cuando las instancias del gobierno de Chile y de los principales patriotas de aquella república, para que pasara á ocuparse de la expedición al Perú, á cuyo éxito se encadenaban tan lisongeras esperanzas, decidieron sus incertidumbres, y le sugirieron una resolución análoga á la altura de las dificultades. Resolvióse á promover sin demora la consecución de tan grandiosos intereses; y aceptando para con su patria y la posteridad, la inmensa responsabilidad de la expedición al Perú, se trasladó á Chile, cruzando en brazos de sus soldados, las nevadas regiones de los Andes.

III

Situado el general San Martín en los baños de Cauquenes, cerca de Rancagua, preparaba la expedición. 1500 hombres al mando del coronel Alvarado cruzaban de Mendoza por el paso del Portillo con destino á engrosar las legiones argentinas. Improvisábanse los recursos, redoblando el ardor del ejército; y el 23 de agosto de 1820, zarpaba de Valparaíso el ejército unido libertador, llevando la misión de afianzar la independencia de un mundo. 4118 hombres marchaban á rescatar el Perú de veinte mil bayonetas españolas que lo subyugaban. La desproporción es grande; pero el general conoce el temple de sus tropas, las ha visto lidiar en Chacabuco y Maipú y sabe cuánto vale el soldado que combate por la independencia de América. Cubierto de esperanzas y virtudes, surcaba el ejército libertador las olas del Pacífico; desembarcaba el 8 de setiembre en las playas de Pisco; el general Arenales penetraba osadamente en los departamentos de la Sierra, y San Martín se reembarcaba para fijar su cuartel general en Huaura, cuarenta leguas al norte de la capital del Perú. Las provincias respondían dignamente al grito de independencia que diera el

ejército unido. Huancavelica, Huamanga, Jauja, Tacna, Huanico y Hualtar proclaman su libertad, Trujillo, Huamalies, Guayaquil, se emancipan del yugo ominoso de los españoles, y estos pronunciamientos favorecen la marcha de la expedición libertadora. Algunas jornadas felices, conquistadas en Icanasca, Acasi y Huancayo, auguran honrosos resultados á la campaña del Perú, y el 6 de diciembre de 1820, las armas americanas, conducidas por el ilustre general Arenales, vencen en Pasco las fuerzas del brigadier O'Reilly, y halagan con gratos presagios la misión del ejército unido. El general San Martín anuncia aquella jornada en los términos siguientes :

« Los sucesos de esta campaña, han sido extraordinariamente felices, pero ninguna tan brillante ni más trascendental á mis ulteriores operaciones, que la completa derrota del brigadier O'Reilly en el cerro de Pasco, por los esfuerzos y valor del benemérito coronel mayor don Juan Antonio Alvarez de Arenales, con los demás jefes, oficiales y tropa que forman la división de su mando, de cuyos detalles se instruirá V. E. por las copias que acompaño bajo los números 1, 2 y 3. Yo recomiendo á la consideración de V. E. á todos los que han tenido parte en aquella gloriosa jornada, en que la hu-

millación del enemigo ha sido igual á la confianza que tenía del buen suceso.

« Quiera V. S. ofrecer á S. E. las más cumplidas enhorabuenas por el triunfo de nuestras armas, y por el influjo que él debe tener sobre el éxito de la campaña del Perú. Dios guarde á V. S. muchos años. Cuartel general en Guarra, Diciembre 21 de 1820 ».

« *José de San Martín* ».

La relación de los oficiales prisioneros de guerra en el combate de 6 de diciembre en el cerro de Pasco, fué uno de los documentos á que el general San Martín hizo referencia en su nota anterior. Al frente de aquella nómina de vencidos prisioneros, se leen las siguientes palabras : « Americano, Tenientecoronel, comandante de caballería, don Andrés Santa Cruz ».

Poco después, incorporóse la división al ejército : trece banderas y cinco estandartes fueron los trofeos que presentaron los vencedores de Pasco.

IV

Los prósperos sucesos del ejército libertador y los rápidos progresos que hacía el espíritu de independencia, ocasionaron serios trastornos en el ejército español, que depuso al virrey Pezuela, y confirió el mando á Laserna. Llegaron en estos momentos despachos de la Corte, para que se conciliasen las diferencias existentes con Chile; esto dió lugar á una negociación entre el general español y el jefe del ejército libertador, que tuvo lugar el 2 de junio en Puchanca. Inicióse la discusión con buena fe, prosiguióla San Martín con la lealtad de un soldado de honor, y un acuerdo que revela el desprendimiento de aquel jefe, fué el resultado de la mencionada conferencia.

Proponía San Martín, en su deseo de evitar la efusión de sangre, é inspirado del amor á la paz y sosiego de la humanidad :

« Que se proclamase de común acuerdo la independencia del Perú; se formara una regencia ó gobierno provisorio, compuesto de personas de ambos partidos que mereciesen la confianza pública; se nombrasen enviados por una y otra parte, que pasaran á la península á exponer á S. M. C. el estado del Perú, y los pode-

rosos motivos que habían impelido á tomar aquella determinación ».

Y para coronar estos rasgos de abnegación ofrecíase San Martín á pasar el mismo á Madrid, como uno de los enviados que debían destinarse á negociar la paz con aquella Corte, sobre la base de la independencia.

Asintieron á estas proposiciones los generales Canterac y Laserna; pero rechazados los acuerdos de Puchanca por el ejército español, desaparecieron las esperanzas de arribar por medios pacíficos á la terminación de la guerra.

V

Creía San Martín que esta negociación convenía á la causa de los estados americanos, porque esperaba durante el armisticio de diez y seis meses que se proponía, reparar las contrariedades de su ejército, y popularizar sólidamente la revolución. Pero se detuvo por la carencia absoluta de recursos para mantener su ejército y principalmente la escuadra, durante esa tregua.

Sin elementos para sostenerla y sabedor de que el gobierno de Chile se hallaba en crítica situación financiera, no veía medios de conser-

varla; y era entonces inevitable la disolución de aquel elemento poderoso de seguridad y de movimiento para el ejército.

Bajo la influencia de esta consideración, y de otras análogas, se decidió á prescindir de la negociación también por su parte, y á continuar la guerra, con la energía que reclamaban el destino de los pueblos, tan comprometidos en ella. Acometiéronse nuevamente, en consecuencia, las operaciones militares, y entró nuestro ejército en ellas llevando la justicia de su causa y el poder acreditado de sus armas.

Atacar á los enemigos en aquellos campos, era la necesidad del momento, y el general Arenales fué destinado á tan importante como escabrosa misión.

VI

Internado Arenales en la Sierra, consiguió con hábiles maniobras aproximarse al ejército de Canterac en las inmediaciones de Guanacayo, y se disponía á dar una batalla que el general español no podía negarle, cuando recibió pliegos de San Martín en que le anunciaba la ocupación de Lima, y le recomendaba positivamente que de ningún modo comprometiese su división en un combate; y que si era buscado

por el enemigo se pusiese en retirada hacia Lima por San Mateo. Esta orden, consecuencia de circunstancias que no llegaron á traslucirse, y de esperanzas que frustraron los sucesos, arrebató á la división de Arenales los laureles que indudablemente habría conquistado en aquellos días para la libertad del Perú.

VII

Las filas de los patriotas se debilitaban por las enfermedades que habían contraído los soldados en los ardientes arenales del Perú, sin que hubiese, ni los recursos más indispensables para la curación de aquellos héroes, sacrificados en aras de la libertad continental: « hubo día en que el ejército contaba cerca de tres mil hombres, entre convalecientes y enfermos, teniendo diariamente bajas en los hospitales de doce hombres para arriba ». (Carta de San Martín á O'Higgins.)

El mismo San Martín decayó considerablemente en su salud: « antes de ayer, escribía, me levanté despues de siete días de cama, y creo con evidencia que si continúo así, pronto daré en tierra ».

Pero en medio de estas contrariedades, la

guerra proseguía, supliendo la táctica y el genio, la deficiencia numérica de nuestras fuerzas.

« Me he propuesto, decia el general á O'Higgins, mi plan de guerra con el que pienso entrar en Lima con más seguridad que fiando en el éxito de una batalla ».

Y en efecto, por hábiles maniobras, por una estrategia verdaderamente propia de su genio, agravó la situación de los españoles en aquella ciudad, hasta que en los primeros días de julio de 1821, vacilaron ellos, sintiendo conmoverse bajo sus pies el suelo de los Incas; y agobiados, oprimidos por el hambre y las hostilidades, se dispusieron á abandonar á Lima, objeto de los esfuerzos y anhelos del ejército libertador.

VIII

Marchó entonces San Martín á ocupar aquel poderoso atrincheramiento de los realistas, aquel soberbio y suntuoso alcázar de la monarquía, y al pisar en las calles de aquella ciudad, espléndida por el lujo de sus tradiciones, dirigió al Director de Chile este sencillo parte, parecido al que Alvear escribió anunciando la entrega de Montevideo.

« Al fin, con paciencia y movimientos, he-

mos reducido á los enemigos á que abandonen la capital de los Pizarros ».

Pocos días después el castillo del Callao rendía sus banderas á las del ejército unido; y en el abatimiento de aquéllas, caían envueltas las últimas esperanzas de la monarquía.

Asombraría ver reunidos los armamentos de guerra que fueron tomados en el Callao.

Pero fué sin duda singular, que San Martín, al comunicar aquel grandioso hecho de armas, al general O'Higgins, le dijese: « ya yo veo el término de mi vida pública, y voy á tratar de entregar esta pesada carga á manos más seguras, y retirarme á un rincón ».

CAPÍTULO SÉPTIMO

I

Posesionado San Martín de la capital del Perú, teniendo que hacer frente á las grandes exigencias de la guerra, y sometiéndose á la necesidad de instituir una autoridad vigorosa, que impulsara los grandes movimientos de la revolución, declaró reunido en su persona el supremo mando político y militar de los departamentos libres del Perú, hasta la convocatoria de un congreso nacional. De este modo acalló las disidencias que la ambición del mando sembraba en la opinión de los peruanos, y dejó sometidas y consolidadas por el peligro común, todas las personalidades que el curso de los acontecimientos ligara á la causa de la emancipación. Sintiéronse los rugidos de la maledicencia para censurar la declaración del gran capitán de la América y atribuyó la ignorancia á un sentimiento de ambición la resolución enérgica que, acallando

sus modestas tendencias, se impuso San Martín en favor de los grandes principios que representaba. Si el vencedor de Chacabuco hubiera trepidado en aquellos momentos de exitación y de peligros; si arredrado ante el rudo poder de las preocupaciones políticas, hubiera temido colocarse en la posición á que las circunstancias lo llamaban, cundiera más rápidamente la anarquía entre los peruanos, internáranse en el ejército las discordias que promovía la ambición: y debilitados, destruídos los elementos de independencia que aun conservaba en torno suyo, expusiérase á conflictos, y quizas á un contraste dilatado, la libertad del nuevo mundo. Afortunadamente no tuvieron cabida en su alma los escrúpulos de la debilidad, propios de una conciencia impura: y elevado San Martín á la altura de la necesidad, se revistió del prestigio de autoridad que las circunstancias demandaban. Investido del poder, dedicóse á organizar diferentes ramos de la administración, cuyo buen arreglo debía influir en ventaja de la emancipación. Decretó la libertad de los hijos de esclavas, y abolió la mita, como primicias de la independencia. Reanimó la confianza pública, y promulgó un código constitucional provisorio, deslindando las atribuciones de las autoridades y garantiendo el uso de aquellas libertades que

reclama la dignidad del hombre. Estas disposiciones, y la facilidad con que abandonó el mando tan luego que fué compatible con la seguridad del Perú, acreditaron el desinterés con que él subiera á la silla del poder, y demostraron á los peruanos que si la conquista de la libertad demandaba grandes sacrificios, proporcionaba también importantes derechos á los hombres y altas prerrogativas á los pueblos.

Sin embargo en medio de los sucesos felices que alcanzaron nuestras armas, reconocía el general San Martín, la diferencia numérica entre el personal de su ejército y el de los españoles, y se proponía equilibrarla empleando todos los arbitrios qne sugiere la política, y la táctica. Prometíase también que, asegurada la libertad de Colombia, concurriría esa república al empeño común de establecer la independencia del Perú, último asilo del despotismo español. Entre tanto las operaciones del ejército unido no eran estériles: debilitábase el poder de los realistas, cundía el espíritu de la libertad, pero se dilataban los resultados que convenían á la revolución, y los ejércitos enemigos, al abrigo de las inmensas campañas del Perú, evitaban el choque con nuestras armas.

II

Atacar á los españoles por diferentes puntos, era la indispensable necesidad de la situación: pero para esto se hacía preciso fraccionar el ejército libertador, y el corto personal de que él se componía, no permitía esta disposición sin exponer el éxito de las empresas confiadas á divisiones parciales.

En tal estado volvió el general San Martín su vista á la República Argentina: conocía el espíritu de su país, su amor á la independencia, y su resolución de hacer todo género de sacrificios por la libertad americana: y persuadido de los arranques de que es susceptible el pueblo argentino, se dirigió al gobierno de Buenos Aires manifestando la difícil situación del ejército unido en el Perú, los obstáculos que se presentaban á la finalización de la guerra, y la facilidad que por el contrario habría para concluirla con inmenso honor para la república, si se auxiliaba al ejército libertador con una corta división de 1000 hombres, que aproximándose á Suipacha, apurase el conflicto del enemigo, siguiendo sus pasos, ocupando los campos que abandonase, y protegiendo los pueblos hasta ponerse en comunicación con las fuerzas patrio-

tas que debían abandonar á la ciudad de la Paz, como una de las partes del plan de operaciones que detallaba el general en su nota.

San Martín instaba porque agitando el gobierno los recursos de Buenos Aires y de las demás provincias, aprestase aquella división que debía rendir servicios tan importantes á la causa americana. No faltaron autoridades en las provincias del interior que, sabedoras de la solicitud del general San Martín, se dirigieron al gobierno de Buenos Aires instándolo por que se atendiese con prontitud, y ofreciendo coadyuvar á una empresa tan honorífica como necesaria. Evidente era la urgencia de aquel sacrificio que importaba la consecusión de tan grandiosos intereses, y que proporcionaba á la república la gloria de terminar la guerra continental. El apresto de una división de 1000 hombres no podía amedrentar á una nación acostumbrada á sostener en el exterior, ejércitos numerosos que tantas veces conquitaron la victoria sobre enemigos superiores en personal y recursos. Buenos Aires que iniciara la revolución y la propagara con tan honrosos sacrificios, no podía detenerse ante un nuevo rasgo de abnegación, en los momentos de conquistar el triunfo definitivo de la causa á que había consagrado tantos esfuerzos. Además, la situación

de la república no era tan desgraciada que no pudiera hacer frente á una reclamación.

Las provincias, aunque divididas por antipatías locales y por las consecuencias inherentes á una transición absoluta en su modo de ser, se ligaban ante el peligro común y la gloria nacional, sentimiento que encadena y confunde las voluntades de los pueblos. Animados de honroso civismo ofrecían sus recursos y sus disposiciones en favor del pensamiento que proponía el Gran Capitán de América. San Juan y Mendoza se disponían á situar 300 hombres en Salta. Catamarca hacía ofrecimientos semejantes, Córdoba instaba por la expedición, brindando su concurrencia. Salta pedía un auxilio á Buenos Aires para enviar por sí sola una división sobre Suipacha. Ninguna dificultad cruzaba pues la idea de San Martín. Por el contrario la república la aceptaba con entusiasmo : las provincias se ligaban á ella con empeño, y nuestros soldados fácilmente hubieran penetrado hasta Suipacha, y concluído para siempre, en combinación con el ejército unido, la contienda de la libertad.

III

El gobierno elevó á la Junta de Representantes la nota en que el general San Martín

instaba por aquel auxilio, y otra del general Bustos apoyando esa petición. Ambas comunicaciones, revelaban urgentes necesidades militares, premiosas exigencias. Pero el gobierno por una anomalía, inexplicable, al dar cuenta de aquellas notas las acompañó de un proyecto cuyo artículo fundamental fué el siguiente:

« Queda autorizado el gobierno para negociar la cesación de la guerra del Perú, poniéndose previamente de acuerdo con los pueblos de la anti gua unión y con los Estados de Chile y Lima ».

La comisión se expidió apoyando el proyecto del gobierno. Sostuviéronlo calurosamente don Bernardino Rivadavia, y los señores Agüero y Gómez, mostrando en esa discusión, cuando menos, alguna imprevisión política ajena á su inteligencia, y un espíritu prevenido contra San Martín. « Concluir la guerra á punta de espada es el dictamen del general San Martín », exclamaba Agüero con ironía. Sontenían aquellos señores que, « la España estaba resuelta al reconocimiento de la independencia de todos los estados americanos y sólo trataba de hacerlo con dignidad ». Y más de treinta años han corrido sin que aún haya tenido lugar ese reconocimiento, lo que da una idea desventajosa de la previsión de Agüero, Gómez y Rivadavia en aquella cuestión tan solemne.

IV

El doctor Gazcón fué el único que levantó la voz apoyando la solicitud de San Martín, y mostrándose consecuente con los grandes principios de la revolución de mayo. Anchorena y Pazos, hablaron en términos indecisos, y la nota del libertador del Perú, fué rechazada, y sancionado el proyecto de negociación.

V

De este modo, el gobierno, fuese por una pusilanimidad de temple que disonaba con sus tradiciones revolucionarias: fuese por el error de creer concluída la guerra de la emancipación: ó por el espíritu de aislamiento que dominaba en aquella época, desatendió la solicitud de San Martín, cruzando sus esperanzas, dejando en eminente riesgo al ejército unido, y circundada de peligros á la América.

VI

La historia no podrá explicar bien aquel procedimiento, extraño en el gobierno de una nación que aspiraba á cimentar la emancipación

continental, aceptando los más costosos sacrificios y haciendo supremos esfuerzos. Y la república recordará siempre con pesar, aquella resolución que contribuyó á la desmoralización de sus ejércitos; que debilitó el entusiasmo de sus pueblos, dió aliento á los enemigos de la libertad y arrebató á los argentinos el laurel que más tarde conquistó Bolivar.

Alegábase para esto:

« Primero: que España hacía tiempo que había renunciado á la guerra con sus propias armas y recursos, porque también estaba en la imposibilidad de proveerlos.

« Segundo: Que los restos de cuerpos armados que aún se conservaban en América bajo el pabellón de España, eran en su principal parte compuestos de naturales, y sostenidos con los elementos del país, sin dependencia alguna de la metrópoli.

« Tercero: Que aun estos cuerpos no reunían un número que hiciera necesario para destruirlo la concurrencia de todos los estados.

« Cuarto: Que libre Chile, é introducida la revolución en el Perú, debería esperarse que estos estados, y principalmente el segundo, que recién entraba en la contienda, completasen una obra sostenida tan largo tiempo por sólo las provincias del Río de la Plata.

« Quinto : Que independiente de todo lo que, tanto en el interior, como por parte de España, se presentaba como garantiendo la seguridad general, daban mayor fuerza á esta misma garantía el nuevo régimen establecido en la península en 1820, y el crédito que se había adquirido la causa de la independencia.

« Y sexto : Que presentándose, por lo tanto, fácil el poner término á la guerra por una negociación, debía preferirse este medio, para salvar los restos de la vida y fortuna que se sacrificaban por ambas partes, sin que la España perdiese cosa alguna ».

« Considerando todo esto, decía don Ignacio Núñez en su carta á Mr. Parish, y algo más que omito por evitar el ser difuso, fué introducido y reconocido el principio de que la guerra de la independencia había terminado para Buenos Aires. En consecuencia, que si era necesario un ejército, su carácter debía ser el de conservador, empleándose en guardar tan sólo el territorio contra las incursiones de los bárbaros fronterizos, que también nos han afligido mucho. Bajo este concepto se empezó por abolir el corso marítimo, lo que al mismo tiempo concurrió á restablecer el crédito de mi país para con las naciones neutrales. En seguida se dió una ley, en virtud de la cual el gran cuerpo de oficiales

y jefes que había creado la revolución, fué retirado del servicio, pero recompensando su carrera con lo que llamaron al premio militar, y de que volveré á hacer mérito cuando me ocupe del ramo de hacienda. Otras leyes se dieron después para la organización de los que denominamos el ejército permanente, el cual no obstante de no haberse completado, ha llenado sus objetos en gran parte, y presentado por primera vez en mi país un ejemplo constante de respeto á las autoridades públicas. Advertiréis pues, señor, decía el señor Núñez, que lo que hasta entonces había sido el asunto exclusivo de la espada, pasó á ser el principal negocio de gabinete, como en efecto lo fué, según lo notareis, por la parte que sigue ».

VII

Tales fueron los fundamentos que invocó la administración del año 22 para negar á San Martín el justo concurso que demandaba, y tales las bases de aquella política estacionaria. Bastaba considerar rápidamente la actitud de los españoles en el Perú, para ver que la España no había renunciado á la guerra; 20.000 soldados españoles en armas, á las órdenes de afa-

mados militares, campeaban en el Perú sosteniendo una guerra feroz, cuando el gobierno de Buenos Aires aseguraba el desistimiento y actitud pacífica de España. Ni los esfuerzos, ni el genio de San Martín, ni las gloriosas campañas de Arenales, habían logrado desalojar á los enemigos del Perú, y el mismo general, de cuyos talentos y coraje no era dado dudar, reclamaba, al frente del enemigo, un auxilio para llevar á cabo su importante empresa. Pero el gobierno respondía á esa exigencia, « que sólo restos de hombres armados se conservaban », y á las demandas de San Martín, porque se le permitiese aumentar el destruído personal de su ejército, ó ponerse en actitud de contrarrestar las muy superiores fuerzas enemigas que tenía á su frente, se le respondía, que tales fuerzas no existían, que la España había desistido de sus pretensiones, que se conservaba pacífica, y que era innecesario, inhumano y costoso el que se empeñase una guerra que era ya incumbencia de gabinete. Los hechos acusaron elocuentemente aquella política que aspirando á mostrarse engañada de la situación, desatendió los sagrados deberes que ésta imponía al gobierno, comprometiendo la suerte del ejército unido y el éxito de la emancipación.

VIII

Si equivocada fué la conducta del gobierno de aquella época, absurdas fueron sus esperanzas, si las tuvo ; determinar por negociaciones pacíficas, la guerra de la emancipación. Repetidos antecedentes habían demostrado, que eran de todo punto ineficaces las negociaciones con los ejércitos españoles, y la experiencia acreditaba que no eran posible ni las estipulaciones firmadas sobre el campo de la victoria. Vivos estaban los recuerdos del ingrato éxito que tuviera la convención iniciada en el Desaguadero por el representante Castelli y el general Balcarce, vivos los que produjeron las negociaciones iniciadas por el general San Martín en el Perú, bajo la influencia de sus felices jornadas. Después de esto, no debía esperarse que los enemigos prescindiendo de sus pretensiones, se decidieran á negociar, tan luego en una época en que transpirando la situación diezmada de nuestros ejércitos, la anarquía anterior de los pueblos, y la división de los recursos nacionales, consideraban más probable el éxito de sus ambiciones. Además absolutamente impolítico era trocar la actitud marcial y decidida de la nación, por una posición pasiva propia

sólo para descubrir los males de la situación.

Las fuerzas del general San Martín operaban en aquellos momentos sobre los españoles, la división libertadora á las órdenes del general Arenales, campeaba con bizarría sobre los enemigos de la tierra. La serna que había sucedido en el mando á Pezuela, activaba la guerra y duplicaba sus desastres : los momentos eran pues tan urgentes como decisivos, y en tales circunstancias eran absolutamente irrealizables ó impolíticas esas negociaciones, en perfecto desacuerdo con las operaciones del ejército unido, y con las vistas de su jefe. Ocasionáronse en el ejército unido las malas consecuencias que el espíritu menos previsor hubiera alcanzado á divisar. La extraña actitud en que convertía su entusiasmo el gobierno de la nación que daba desde el año 10, el tono á la revolución, causó inquietudes en los pueblos.

Su repulsa á la manifestación del general San Martín, contrastó la resolución y esperanzas de este jefe, y transmitiendo el desaliento al ejército que aspiraba justamente á la cooperación del gobierno argentino, expuso su seguridad prolongando las incertidumbres de la revolución.

IX

Para aumentar aquellas dificultades y agravar el estado del ejército, sobrevienen serios desagrados y una profunda desinteligencia entre el general, y Lord Cochrane que manda la escuadra del Pacífico al servicio del ejército libertador. Repentinamente y en momentos urgentes, el almirante levanta las anclas de su armada, niega toda obediencia al Perú, y con los caudales del gobierno se dirige á Chile, única autoridad que reconoce.

De este modo San Martín se encuentra con su ejército diezmado por las enfermedades y la muerte, sin recursos ni para llenar las más esenciales necesidades de sus tropas, abandonado del gobierno de su patria, hostilizado por un ejército cuatro veces superior en su número al que él mandaba, y sin la escuadra que tenía destinado un rol tan importante en las operaraciones de la guerra.

CAPÍTULO OCTAVO

I

Reducido á esa situación difícil el eneral San Martín, dominado siempre por el interés de la América, persuadido de que para la pronta terminación de la guerra era preciso la concurrencia de nuevas fuerzas que contrarrestasen las muy superiores de los ejércitos españoles, se decidió á solicitar la cooperación de Colombia para obtener un triunfo rápido y decisivo. San Martín, en quien dominaba el sentimiento americano, el amor á la libertad, prescindió de la idea de conquistar sólo, la independencia del Perú, y se decidió á verificarlo en unión con el general Bolivar, supuesto que así convenia á la pronta pacificación del continente. Tal fué el objeto que lo llevó á las márgenes del Guayaquil, donde se estrecharon los dos genios á quienes debe la América su emancipación.

II

Ha sido tema de diferentes interpretaciones la conferencia de Guayaquil. Parece sin embargo, que San Martín llevó á ella dos ideas primordiales. Obtener la cooperación de Bolivar para poner término á la guerra del Perú, y asegurar á esta República el importante puerto de Guayaquil. Pero Bolivar demostró desde el principio, su firme resolución sobre este punto, y con la desenvoltura y audacia que lo distinguía sometió Guayaquil á su autoridad para incorporarlo á Colombia. Posesionado de aquel punto, escribió el 25 de julio de 1822, á San Martín, una carta poco común por el recargo de consideración y de afecto que respiraba. Invitábalo á trasladarse á Guayaquil para que todos allí, « pudiesen conocer al hombre singular que tanto estimaban », y le manifestaba, « estar dispuesto á encontrarle donde San Martín quisiese ». Cuando Bolivar firmaba esta carta, San Martín, bajo la inspiración que hemos dicho, mandaba echar anclas al buque que lo conducía en las aguas de Guayaquil, y era recibido suntuosamente por Bolivar, sin que faltasen sin embargo episodios ingratos, propios del encuentro de dos hombres, que aunque consagra-

dos á la misma causa, abrigaban interiormente la rivalidad de una gloria en perspectiva, la de mandar disparar los últimos cañonazos que debían cimentar el triunfo de la libertad ó independencia de la América.

III

Conocida la incontrastable resolución de Bolivar sobre Guayaquil, sólo restaba obtener su concurso para concluir la guerra del Perú, y San Martín hizo para obtenerlo patrióticos esfuerzos.

Mostróse Bolivar á este respecto, poco franco y ambicioso en las conferencias, que fueron reservadísimas. Obtúvose de él, por único auxilio, el envío de una división de 1400 colombianos; y San Martín se retiró poco satisfecho del resultado del gran paso que acababa de dar. Dominado de una abnegación tan alta como su patriotismo, ocultó sin embargó las impresiones que le había ocasionado el trato de Bolivar, y al desembarcar en el Callao, dirigió á los peruanos esta proclama :

« El día 26 de julio próximo pasado, en que tuve la satisfacción de abrazar al héroe del sud, fué uno de los más felices de mi vida. El liber-

tador de Colombia no sólo auxilia estos estados con tres de sus bravos batallones que unidos á la valiente división del Perú al mando del general Santa Cruz, vienen á terminar la guerra de la América, sino también remite con el mismo objeto un considerable armamento. Tributemos todos un reconocimiento eterno al inmortal Bolivar.

« *San Martín* ».

IV

Convencido sin embargo, de que con los cortos auxilios que ofrecía Bolivar, no podría poner fin á la guerra y conociendo que su presencia en el Perú, era un obstáculo para que aquel viniera con su ejército á concluirla, se resolvió alejarse de aquel estado, y escribió al director de Chile comunicándole su resolución. « Va á llegar, le decía, la época porque tanto he suspirado. El 15 ó 16 del entrante voy á instalar el Congreso. El siguiente día, me embarcaré para gozar de una tranquilidad que tanto necesito.

« Se ha reforzado el ejército con cuatro batallones y tres escuadrones, tres de los primeros son de Colombia. El total del ejército, se compone hoy de once mil veteranos.

« La campaña que al mando de Alvarado y

Arenales, se va á emprender, no deja la menor duda de su éxito. Usted me reconvendrá por no concluir la obra empezada, usted tiene mucha razón, pero más tengo yo. Créame amigo, ya estoy cansado de que me llamen tirano, que en todas partes quiero ser rey, emperador y hasta demonio. Por otra parte, mi salud está muy deteriorada: el temperamento de este país me lleva á la tumba; en fin, mi juventud fué sacrificada al servicio de los españoles, y mi edad media al de mi patria; creo que tengo derecho á disponer de mi vejez.

« La expedición á Intermedios saldrá del 12 al 15, fuerte de cuatro mil trescientos hombres escogidos. Arenales debe amenazar de frente á los de la Sierra, para que Rudecindo Alvarado no sea atacado por todas las fuerzas que ellos podrán reunir. La división de Laura, fuerte de nuevecientos hombres armados, debe cooperar á este movimiento general. Es imposible tener un mal suceso ».

V

Dos días después, escribió San Martín á Bolivar aquella célebre carta, que reveló en pocas palabras, las reservadas y misteriosas conferencias de Guayaquil.

Exmo. señor libertador de Colombia, Simón Bolivar.

Lima, 29 de agosto de 1822.

« Querido general:

« Dije á Vd. en mi última del 23 del corriente, que habiendo reasumido el mando supremo de esta República con el fin de separar de él al débil é inepto Torre Tagle, las atenciones que me rodeaban en aquel momento no me permitían escribir á Vd. con la extensión que deseaba: ahora al verificarlo no sólo lo haré con la franqueza de mi carácter, sino con la que exigen los grandes intereses de América.

« Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra. Desgraciadamente, yo estoy firmemente convencido ó que Vd. no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando, ó que mi persona le es embarazosa. Las razones que Vd. me expuso de que su delicadeza no le permitía jamás el mandarme, y aun en el caso de que esta dificultad pudiese ser vencida, estaba Vd. seguro que el congreso de Colombia no consentiría su separación de la república, permítame Vd. general, le diga, no me han pareci-

do bien plausibles. La primera se refuta por sí misma, y la segunda estoy muy persuadido de que la menor insinuación de Vd. al congreso sería acogida con unánime aprobación, con tanto más motivo cuanto que se trata de la cooperación de Vd. y de la del ejército de su mando, para finalizar en la presente campaña la lucha en que nos hallamos empeñados, y el alto honor que tanto Vd. como la república que preside reportarían de su terminación.

« No se haga Vd. ilusion, general : las noticias que Vd. tiene de las fuerzas realistas son equivocadas, ellas montan, en el alto y bajo Perú, á más de diez y nueve mil veteranos, las que se pueden reunir en el término de dos meses. El ejército patriota, diezmado por las enfermedades, no podrá poner en línea á lo más ocho mil quinientos hombres, y de éstos una gran parte reclutas. La división del general Santa Cruz (cuyas bajas según me escribe este general, no ha sido reemplazadas á pesar de sus reclamaciones) en su dilatada marcha por tierra debe experimentar una pérdida considerable, y nada podría emprender en la presente campaña. La sola de mil cuatrocientos colombianos que Vd. envía será necesaria para mantener la guarnición del Callao y el orden en Lima; por consiguiente, sin el apoyo del ejército de su mando,

la expedición que se prepara para Intermedios no podrá conseguir las grandes ventajas que debían esperarse, si no se llama la atención del enemigo por esta parte con fuerzas imponentes; por consiguiente, la lucha continuaría por un tiempo indefinido. Digo indefinido, porque estoy intimamente convencido que, sean cuales fueran las vicisitudes de la presente guerra la independencia de la América es irrevocable. Pero también lo estoy de que su prolongación causará la ruina de sus pueblos, y es un deber sagrado para los hombres á quienes están confiados sus destinos evitar la continuación de tamaños males. En fin, general, mi partido está irrevocablemente tomado : para el veinte del mes entrante he convocado el primer congreso del Perú, y al siguiente día de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que mi presencia es el solo obstáculo que le impide á Vd. venir al Perú con el ejército de su mando. Para mí hubiera sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia bajo las órdenes de un general á quien la América del Sud debe su libertad : el destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarse.

« No dudando que después de mi salida del Perú, el gobierno que se establezca reclamará la activa cooperación de Colombia, y que Vd.

no podrá negarse á tan justa petición, antes de partir remitiré á Vd. una nota de todos los jefes cuya conducta militar y privada puede ser á Vd. de utilidad su conocimiento.

« El general Arenales quedará encargado del mando de las fuerzas argentinas : su honradez, coraje y conocimientos, estoy seguro lo harán acreedor á que Vd. le dispense toda consideración.

« Nada diré á Vd. sobre la reunión de Guayaquil á la república de Colombia : permita Vd. general, le diga que creo no era á nosotros á quien pertenecía decidir este importante asunto: concluída la guerra los gobiernos respectivos lo hubieran transado sin los inconvenientes que en el día puede resultar á los intereses de los nuevos estados de Sud America.

« He hablado á Vd. con franqueza, general, pero los sentimientos que exprime esta carta quedarán sepultados en el más profundo silencio : si se traslucieren, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalerse para perjudicarla y los intrigantes y ambiciosos, para soplar la discordia.

« Con el comandante Delgado, dador de esta, remito á Vd. una escopeta, un par de pistolas y el caballo de paso que le ofrecí á Vd. en Guayaquil. Admita Vd., general, esta memoria

del primero de sus admiradores. Con estos sentimientos, y con los de desearle únicamente sea Vd. quien tenga la gloria de terminar la guerra de la independencia de la América del Sud, se repite su afectísimo servidor

« *José de San Martín.* »

VI

Consecuente con la resolución emitida en su carta á Bolivar, fijó San Martín decididamente la instalación del congreso para el 20 de septiembre de 1822; y ésta tuvo lugar en medio de la más espléndida solemnidad. El general San Martín depuso su autoridad ante la representación soberana y al despojarse de la insignia del poder en la sala del congreso, se desprendió también de toda intervención en los negocios públicos, dirigiendo á los peruanos, la siguiente proclama, digna de registrarse en las páginas brillantes de la historia americana.

« Presencié la declaración de la independencia de los estados de Chile y del Perú. Existe en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el imperio de los Incas, y he dejado de ser hombre público : he aquí recompen-

sados, con usura, diez años de revolución y de guerra.

« Mis promesas para con los pueblos en que he hecho la guerra, están cumplidas : hacer su independencia y dejar á su voluntad la elección de sus gobiernos.

« La presencia de un militar afortunado (por más desprendimiento que tenga) es siempre temible á los estados que de nuevo se constituyen. Por otra parte, ya estoy aburrido de oir decir que quiero hacerme monarca. Sin embargo siempre estaré pronto á hacer el último sacrificio por la libertad del país, pero en clase de simple particular, y no más.

« En cuanto á mi conducta pública, mis compatriotas (como en lo general de las cosas) dividirán su opinion; los hijos de éstos darán el verdadero fallo.

« Peruanos!! Os dejo establecida la repretación nacional : si depositais en ella una entera confianza, cantad el triunfo : si no, la anarquía os va á devorar.

« Que el acierto presida vuestros destinos y que éstos os colmen de felicidad y de paz.

« Pueblo libre, septiembre 20 de 1822.

« *José de San Martín* ».

Al siguiente día, y á pesar de reiterados esfuerzos con que se le quiso encadenar nuevavamente á la dirección del ejército, San Martín se alejaba definitivamente de las costas del Perú á bordo de un buque de vela que lo trasportaba á Valparaíso. Un gobierno provisorio con el título de Suprema Junta Gubernativa, sustituyó la autoridad del protector, y cumplía el deber de acreditar la gratitud del Perú al general San Martín, que fué declarado « fundador de la libertad del Perú y generalísimo de sus fuerzas de mar y tierra, con todos los honores del Poder Ejecutivo á perpetuidad. »

Después de haber tocado en Chile, siguió á Buenos Aires y se embarcó para Europa, llevando las simpatías de los hombres libres, y el entusiasmo de los americanos. Así se retiró de la escena política, el bravo veterano que encadenando á su espada la victoria, consolidó la emancipación de su patria, la independencia de Chile y la libertad del Perú.

VII

Cubierto de méritos y respetos, ha vivido en Europa desde 1824. El año 29 regresó á Buenos Aires en los días en que había estallado

el movimiento de diciembre en que fué inmolado el ilustre coronel Dorrego. San Martín comprendió que se abría una época de anarquía, y fiel á su propósito de no envolverse en las luchas internas, que tantos males han causado á estos países, resolvió tornar á su voluntario ostracismo, rehusando las proposiciones que le hizo el general Lavalle para que aceptara el mando del ejército. Desde aquella época no volvió á su tierra natal; en Francia, han corrido los postreros años. Su salud,debilitada con tan ásperas fatigas, decayó, pero su espíritu se conservó firme y despejado. Reagravadas sus dolencias, comprendió que tocaba los términos de la vida, y dominado de su severa moral y de su espíritu religioso, dispúsose á entrar en el dominio de la tumba. Despídese con ternura de sus hijos, sus ojos tornan conmovidos á la República Argentina, su corazón late con patriotismo, y ordena que sus restos descansen en Buenos Aires.

VIII

Así ha terminado la existencia del hombre, que consolidó la emancipación del nuevo mundo. Dotado de un corazón magnánimo y de un espíritu fuerte, presentóse á llenar las grandes